

GFS-179-D

Serenata
(mecnografiado)

R E P A R T O

(Por orden de aparición en escena)

PERSONAJES.

ACTORES.

Remigio.

Pablo Muñiz.

Catalina

Jorge

Ana María.

Lorenzo.

Chuchita

Horacio.

El doctor Aramendi

La acción en Madrid.

- o - o - o - o - o - o -

a c t o p r i m e r o

"Un estudio vulgar en una casa de serie, habitado por un hombre que vive solo; lo que quiere decir que reina en la estancia cierto desorden y una absoluta falta de cuidado.- Un tablero de arquitecto, la inevitable silla larga, muy robusta, y la no menos inevitable biblioteca. En las paredes, cuadros - probablemente de amigos - alternan con planos, bocetos y apuntes del inquilino de la casa.

(Al levantarse la cortina, REMIGIO, que es el dueño de la casa, se halla, de pie y en pijama, con la boca abierta, enseñando la garganta a su amigo, el joven doctor PABLO MUNIZ. Se oye una música que, claramente, procede de otro piso: es la famosa "Serenata" de Schubert.)

PABLO.- No hay la menor mancha blanca. Tranquilos por este lado.

(Deja de mirar)

Parece un principio de grippe.

REMIGIO.- Pero me duele la garganta.

PABLO.- ¿Y qué? No es nada importante.

REMIGIO.- Siempre que tengo anginas comienzan así.

PABLO.- Lo siento en el alma, chico; pero no tienes el menor síntoma de anginas. Quédate esta noche tranquilo en casa, toma tus sellos y mañana...

se acabó.

REMIGIO.- ¡Porque tú lo digas!.

PABLO.- Ahora bien: si te divierte, tómate un grog y suda cuanto puedas... No veo inconveniente.

REMIGIO.- Me daré la pulverización que tengo preparada.

PABLO.- Si te divierte...

(Comienza a tararear la serenata)

REMIGIO.- ¿Tú también, Pablo?. ¡No!.

PABLO.- ¿No te gusta?.

REMIGIO.- Me entusiasmaba; pero, desde que la oigo aquí, noche y día, ¡la detesto!. ¡Señores, con la vecina!. Así, hasta las dos de la madrugada, como anteayer o como el sábado último.

(Llama al teléfono automático)

"¡Oiga! ¿La señorita de Medrano?... Sí. ¿Podría hablar con ella?... De parte de uno de sus admiradores". Esta señora me exaspera: todos los días, ¡la misma canción!. Le he rogado, por medio de la portera, que cambie el disco; pero se conoce que esta música le inspira: me ha contestado que, si no me gusta, que me

mude.

(Al aparato)

"¡Oiga! ¿La señorita de Medrano?... Dígame, señora: ¿dudará mucho el concierto?... Sí; soy su vecino de arriba, ¡y ya estoy hasta aquí de la Serenata!. ¿No la puede poner con sordina?... Estoy enfermo, señora; tengo la gripe y una angina fuera de concurso"...

PABLO.- ¡Atiza!.

REMIGIO.- "Por una vez... ¡Oiga!. Por una vez, haga un esfuerzo y tenga consideración... ¿Cómo?... ¡Usted es la que debe aprender educación!. ¡Oiga! ¡Oiga!..."

(Cuelga)

¡Vaya una lengüecita!.

PABLO.- Quéjate al dueño.

REMIGIO.- Inútil. Lo recibe en su casa... Ese imbecil se jacta de ser visita de una modista de moda.

PABLO.- Entonces, terminará por despedirte.

REMIGIO.- Si esto ha de seguir, lo prefiero. Esa mujer no necesita dormir nunca: cuando no es la

radio, es la gramola; tiene dos perros que no cesan de ladrar, una criada que se desgañita vocalizando... Te aseguro que, desde que se ha mudado a esta casa de cartón, la vida se me ha hecho imposible.

PABLO.- Tienes que defenderte.

REMIGIO.- Hago lo que puedo; pregunta a Chuchita.

Le he dado dos o tres bromazos: un día le he enviado bombones... de carbón; otro, me he hecho pasar por un empleado de la Compañía del Gramófono y le he descompuesto el aparato; pero de nada me ha valido. Al día siguiente, como ahora. ¿Oyes?.

(Mientras que hablaba, cogió un grueso bastón con contera de hierro y con él golpea repetidamente el suelo)

Esto es lo único que la calma. Mis golpes hacen temblar su araña de cristal de Venecia y, ante este ultimatum, suele apianar.

(En efecto, la música suena ahora menos fuerte)

¿Qué te parece?.

(Suena el timbre del teléfono. Remigio descuelga)

"Sí; yo soy... ¡Ah! ¿Es usted, señora?... Yo

dejaré de dar golpes cuando usted baje el sonido... ¡y empezaré otra vez si lo sube!...
¡Pues no faltaba más!... Y ¡a mí qué de su araña?. Lo que quiero es que le aplaste la cabeza.
¿Cómo? Pues que vengan; que vengan sus amigos - todo lo brutos que usted quiera, - que aquí les espero con mi cañón del quince y medio...
¡Hablo como quiero y mucho mejor que usted!... Mucho mejor, sí, señora; porque no he dicho todavía la palabrota que acaba usted de soltar...
¿Que no soy un caballero?... ¿Cómo? ¿Arquitecto sin obras?. Vale más que ser fabricante de vestidos cursis... ¡Cursis he dicho!".

(Cuelga)

Ha colgado, terriblemente enfadada.

PABLO.- Eres injusto. Tiene talento.

REMIGIO.- También yo.

PABLO.- Pero tú lo dices de tí mismo; y, de ella, lo dicen los demás.

(Remigio da unos golpes más en el suelo)

REMIGIO.- Hago esto para demostrar mi superioridad.

PABLO.- Me voy; me espera un enfermo. ¿Verás hoy a Chuchita?.

REMIGIO.- Iba a buscarla a la salida del teatro; pero no me encuentro bien: voy a telefonarle para que no me espere.

PABLO.- ¿Quieres que le diga...?

REMIGIO.- ¿La verás?.

PABLO.- Iré esta noche por el Español a saludar a Lucía.

REMIGIO.- Oye, Pablo; de tí para mí: ¿te gusta Chuchita?.

PABLO.- ¿A mí? Es tu prometida. No es mi costumbre pisarle la novia a un amigo.

REMIGIO.- Confiesa que sientes por ella cierta debilidad.

PABLO.- Chuchita me gusta mucho. Punto. Nada más.

REMIGIO.- Chuchita te gusta mucho... Puntos suspensivos.

PABLO.- ¿Es una escena de celos?.

REMIGIO.- No, chico; compruebo sin la menor molestia.

PABLO.- ¿Y tú? ¿Quieres a Chuchita?.

REMIGIO.- Chucha me gusta mucho; dos puntos: es bonita, simpática, fácil de entender, independiente... y no carece de talento. Hará carrera en el teatro. Punto y coma.

PABLO.- Bueno ¿es la mujer soñada por tí?

REMIGIO.- Paréntesis. Puedes quitármela sin remordimientos.

PABLO.- Chuchita te quiere.

REMIGIO.- ¿Te lo ha dicho un día que la apremiabas con tus preguntas?

PABLO.- Sabes que no me gustan esas bromas.

REMIGIO.- ¡No te enfades, hombre!. Bonita corbata, ¿eh?

PABLO.- Es la que me diste ayer, porque me gustaba. ¡Adiós!.

REMIGIO.- Oye, oye... ¡Mi gargante antes de marcharte!. Me parece que se ha reventado un puntito blanco.

PABLO.- (Riendo)

¡Enhorabuena!.

(Va a la librería)

¿Me puedo llevar este libro?

REMIGIO.- Si te gusta, sí. ¿Volverás esta noche a ver cómo sigo?.

PABLO.- No.

REMIGIO.- Entonces, ¡buenas tardes!. Si sube la

fiebre, ¿te telefoneo?.

PABLO.- Bien... ¡Te enviaré una ambulancia!.

REMIGIO.- Y no tomes a mal lo de Chuchita. Era una broma.

PABLO.- ¡Hasta mañana! .

(Sale. Remigio ante un espejo se mira la garganta. Después llama por teléfono)

REMIGIO.- "¿Eres tú, Chuchita?. Buenas tardes, cielo. ¿Te vas ya al teatro?. ¡Ah!. ¿No trabajas esta noche?. Pues, ¡buena decepción llevará tu "enamorado"!...

(Rie)

Pablo, sí. Acaba de marcharse y pensaba verte.. ¡Sí, sí!... No te hagas de nuevas: ¡ si tú lo has notado antes que yo!. ¡Menudas sois!. No; no te telefoneo por eso. Es que estoy un poco malucho... Nada grave; yo apuesto por unas anginas y Pablo se planta en un catarro... Tengo un poco de fiebre; y, por si faltaba algo, la estrafalaria de abajo tiene gente todavía... Sí, hija: gramola, gritos; carcajadas... ¡Toda la lira!. ¡Claro! Acabo de pelearme otra vez con ella... Bueno, voy a acostarme y a procu-

rar dormirme... No, no quiero que vengas. Soy un enfermo insoportable; y, si son anginas, se te pueden contagiar. Mañana te telefonaré. ¿Quieres algo?... Eres adorable... ¿Qué vas a hacer?... ¿Al cine?. Pero sola, ¿eh?... ¡Adiós, tesoro!".

(Cuelga. Sale de escena y vuelve con un pulverizador de pera de goma, que comienza a usar, cuando llaman a la puerta)

¿Eh?.

(Se arregla sucintamente el peinado, se abrocha el pijama y abre. Ante él aparece una mujer bonita y muy elegante)

CATALINA.- ¿El señor Morales?.

REMIGIO.- Servidor de usted. Perdóneme que la recibiera en esta facha. ¿A qué debo el honor...?

CATALINA.- ¿Es usted el arquitecto?.

REMIGIO.- Sí, señora.

CATALINA.- Acaso no sea éste el momento apropiado...

REMIGIO.- Entre, señora; siéntese. Estaba tomando, ¿sabe usted?, estaba dándome una pulverización!

CATALINA.- ¡Siga! No lo deje por mí.

REMIGIO.- Gracias.

CATALINA.- ¿Está usted enfermo?.

REMIGIO.- Algo de anginas.

CATALINA.- (Que se había sentado, se levanta)

¡Oh, eso se pega!

REMIGIO.- Eso creo yo. Pero mi médico dice lo contrario.

CATALINA.- Razón de más para creerlo.

(En este momento la gramola de la vecina de abajo y las risas suenan otra vez fuertemente. Remigio procura disimular su rabia)

Perdone mi curiosidad: ¿ese ruido?

REMIGIO.- Es mi vecina de abajo: ¡una perturbada que recibe gentes sin educación!

CATALINA.- ¿Usted es el arquitecto que construyó esta casa?

REMIGIO.- ¡No, por Dios!. Mi casa sería sorda y los vecinos no se verían obligados a soportar esta algazara.

(Como el ruido crece, él se levanta)

Perdone, señora; pero no hay más remedio.

(Golpea con el bastón en el pavimento; lo cual sorprende y divierte a la recién llegada. Suena el teléfono)

Será la vecina. Con su permiso.

(Al aparato)

"¡Diga! No, aquí es la Dirección de Seguridad!

(Cuelga. A Catalina)

Era ella.

(Vuelve a sentarse para atender a su visitante).

Disculpe la mentira; pero fué para terminar pronto. Ya la escucho, señora.

CATALINA.- Si he venido a un arquitecto es porque se trata de un asunto de construcción... Verá usted: tengo el propósito de edificar... mejor dicho, de restaurar una granja avícola que acabo de adquirir. .

(Vuelve a sonar el teléfono)

REMIGIO.- Perdone, señora: ¡otra vez esa mujer insoportable!

(Al telefono)

"¡Diga! ¡NO!. Aquí son los Almacenes de la Villa

(Cuelga; pero el timbre suena de nuevo)

"Le advierto, señora, que si insiste me quejo a la Policiá... ¿Qué?. ¿Ha llamado usted al portero? ¿Y qué?. ¿Para comprobar los destrozos del techo?. Yo tengo aquí dos médicos alienistas para que examinen su caso por teléfono.

Si no estuviese en mi casa una mujer bonita, le respondería adecuadamente... ¿Y a usted qué le importa?. Una cliente, sí. Sugestiva, elegante, bella... Bueno: una mujer que no se viste en su casa, ¡ya está dicho todo!

(Cuelga)

Estoy avergonzado, señora. Per más que...: ¡es muy sencillo!

(Descuelga el teléfono)

Así podremos hablar tranquilamente

CATALINA.- Le agradezco sus lisonjas. Por lo que veo, su vecina es modista.

REMIGIO.- Ana María, la de la calle del Carmen.

CATALINA.- ¿Ana María?

(Rie)

Lo siento por usted; pero mi vestido es de allí

REMIGIO.- ¡También es suerte la mía!. ¿La conoce usted?

CATALINA.- Apenas.

REMIGIO.- ¿Es una arpía?

CATALINA.- ¡Es una artista!

REMIGIO.- Y, desde luego, una vecina intolerable.

Pero volvamos al motivo de su visita.

CATALINA.- Bien. Le decía que acabo de comprar un molino.

REMIGIO.- Una granja, dijo usted.

CATALINA.- Exacto.

REMIGIO.- Perdone si, ante todo, le hago una pregunta: ¿alguna amiga la he dirigido a mí?

CATALINA.- No. ¿Por qué?

REMIGIO.- Por nada. Entonces, usted ignora lo que yo sé hacer.

CATALINA.- Desde luego; pero si sus proyectos no me gustasen...

REMIGIO.- ¡Evidente! Viene usted, ¿por su propio impulso?

CATALINA.- Eso es.

REMIGIO.- Me seduce.

CATALINA.- En realidad yo no estaba resuelta. Ví a un arquitecto que me recomendaron; pero no me convencieron sus planos. Montesinos, ¿no le conoce usted?

REMIGIO.- No recuerdo.

CATALINA.- Muy flojo. Le adjudican todos los concursos.

REMIGIO.- No diga más.

CATALINA.- Pasaba ahora por delante de esta casa;
ví su placa y subí.

REMIGIO.- ¿Qué placa?.

CATALINA.- ¡Cuál ha de ser!. La placa con su nombre,
en el portal.

REMIGIO.- ¿En el portal?. Yo allí no tengo placa.
Sólo la tengo aquí, en la puerta de mi cuarto.

CATALINA.- (Sin turbarse)

Pues de esa le hablo. Yo subí, ví su placa..

REMIGIO.- Y llamé.

CATALINA.- ¡Eso!

REMIGIO.- ¡Adorable!. Perdome mi curiosidad, señora.
Usted subía, ¿a casa de quién?.

CATALINA.- A la de usted; a ésta.

REMIGIO.- No; porque al pasar vió la placa...

CATALINA.- ¡Justo!. Yo iba... iba a una casa...Pe-
ro, ¿por qué tantas preguntas?.

REMIGIO.- Perdón.

CATALINA.- ¿Se hace todo este interrogatorio a las
clientes accidentales?.

REMIGIO.- Confieso que no; pero convengamos en que
usted es una cliente singular.

CATALINA.- Si no le parece bien, me dirijo a otro,

y le dejo a usted pulverizándose.

REMIGIO.- Nada de eso, señora. Yo adoro lo impre-
visto, y estoy encantado de ver en mi casa a
una persona que tiene tanta gracia como fanta-
sía.

CATALINA.- Entonces... continúo. Decía que he com-
prado un chalet suizo..

REMIGIO.- Permita una interrupción. ¿Es un molino,
una granja o un chalet suizo?.

CATALINA.- En realidad no lo sé. Es una casa con
una torre y unas aspas de molino, situada a
orillas de un río.

REMIGIO.- Curioso y original.

CATALINA.- Al heredarla de mi madre...

REMIGIO.- Dijo usted que la había comprado.

CATALINA.- ¿Comprado? ¡Jamás!.

REMIGIO.- Me había parecido oír...

CATALINA.- ¡Diga que soy una embustera!.

REMIGIO.- Perdón. ¿Y qué quiere hacer con esa casa?.

CATALINA.- Transformarla en palacio gótico del si-
glo XIII, con jardín a la italiana.

REMIGIO.- Perfectamente. ¿Dónde se halla?.

CATALINA.- En la Casa de Campo.

REMIGIO.- ¡Pero si allí no hay ríos!. No hay más que el estanque.

CATALINA.- Eso quise decir: al borde del estanque.

REMIGIO.- Ya...

(Comienza a dar muestras de inquietud)

CATALINA.- Ahora, caballero, hágame un obsequio: bébase el pulverizador.

REMIGIO.- ¿Cómo?. Una última pregunta: ¿Quién es usted?

CATALINA.- ¿No me ha conocido? ¡Conchita Piquer!.

REMIGIO.- Ya decía yo... ¿Me permite que hable por teléfono?

CATALINA.- ¡Cómo no!. Pero le ruego que no llame a la Casa de Socorro.

(Remigio que, sin la menos duda, lo iba a hacer, y ya había colgado y vuelto a descolgar, cuelga otra vez y viene hacia ella)

Es chocante... Todas las personas que visito llaman a la Casa de Socorro).

REMIGIO.- ¿Es posible?

CATALINA.- Simple coincidencia; pero es fastidioso encontrarse siempre con la misma clase de gen-

tes... hasta que me reclama mi marido.

REMIGIO.- ¿Es usted casada?

CATALINA.- ¿Tiene algo de particular?

REMIGIO.- ¿Y quién es su marido? ¿Manolete?

CATALINA.- ¿Está usted loco?

REMIGIO.- Camino de estarlo, sí, señora.

CATALINA.- ¿Cómo se llama usted?

REMIGIO.- ¿Yo? ¡Rivelles!.

CATALINA.- ¡Insensato! Hablo en serio. ¿Su nombre?

REMIGIO.- Remigio, ¿le gusta?

CATALINA.- No. Yo le llamaré... ¡Sorozábal!.

REMIGIO.- ¡Encantado!.

(Ella rompe a reír. Remigio está cada vez más inquieto. De pronto tiene una idea)

¿De modo que... yo he de transformar su casa en un palacio del siglo XIII?

CATALINA.- He cambiado de idea. Hágame un caserío vasco.

REMIGIO.- ¡Perfectamente!. Mañana temprano lo tendrá usted a la puerta. Pero, antes, usted que es tan amable, ¿por qué no baja a ver a su modista Ana María?. Se llevará un alegrón si la ve.

CATALINA.- No.

REMIGIO.- Yo la acompaño, si quiere.

CATALINA.- No pienso irme de aquí todavía.

REMIGIO.- Es que... tengo mucho trabajo.

CATALINA.- No se preocupe por mí.

REMIGIO.- ¿Que no? ¡Vaya si me preocupo!. Vuelva otro día, señora.

CATALINA.- ¿Tiene miedo de mí? ¿Me toma por loca?.

REMIGIO.- (Con sonrisa forzada)

¿Quién piensa en eso?.

CATALINA.- Pues hay que pensar en todo.

(Se levanta, coge el bastón y da en el suelo tres golpes ante el absorto arquitecto)

Se olvidó usted de su enemiga.

REMIGIO.- ¡Estupendo, señora!.

CATALINA.- Llámeme Catalina. Mi nombre es Catalina.

REMIGIO.- Pues bien, Cata; usted debía enfrentarse con mi enemiga en su casa. ¡Qué éxito tendría!.

Le dejo el bastón.

CATALINA.- No. Exito el de usted: le permito que me abrace. ¿No siente deseos? Abrazar a una loca siempre es agradable. Con una mujer así se puede intentar todo... Ella luego no se acor-

dará de nada.. o nadie la creerá. "Esta pobre chica - dirán las gentes - ¡qué cosas inventa!"
¡Abráceme, hombre!.

REMIGIO.- Cata... Adorable Catalina... ¿Dónde vive usted? ¿De dónde viene?.

CATALINA.- ¿Lo sé yo misma? Abráceme, que no le pesará.

(Remigio, atraído y perturbado por esta loca tan seductora y tan provocativa, no puede resistir, la abraza y ella le besa. En este momento, suena el timbre de la puerta. Catalina, asustada, se acoge a Remigio)

¡No abra! Se lo suplico. ¡No abra usted!. Estoy segura: ¡es él!.

REMIGIO.- ¿El? ¿Quién?.

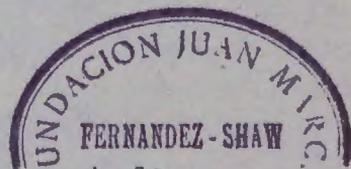
CATALINA.- Mi marido. ¡Escóndame usted!.

REMIGIO.- Pero... ¡si no hacíamos nada malo!.

CATALINA.- ¿Le parece a usted?. Si abre, yo le diré que usted me abrazó y me besó.

REMIGIO.- Porque usted me lo ha pedido. Vale más que vuelva a su casa.

CATALINA.- Escóndame usted... o me mato. Usted no puede comprenderlo; no estoy loca como parece. No tuve tiempo de explicárselo antes; pero va



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

en ello mi vida. Ocúlteme y no diga a mi marido que estoy aquí. Cuando él se marche, le contaré todo y entonces se lo explicará.

REMIGIO.- (Siguiéndole la corriente)

Me doy cuenta: un secreto de Estado... Un tirano que la persigue...

CATALINA.- (Con acento sincero)

¡No me hable como a una loca, por caridad!. Estoy en mi sano juicio, y sólo improvisé ante usted una comedia. Me refugié aquí y no sabía cómo justificar mi presencia. Me hallo en peligro, caballero... y le pido un refugio mientras que mi marido le interroga.

(Ha hablado con emoción mientras que el timbre de la puerta ha sonado varias veces. Remigio está impresionado: esta mujer, sin duda, no es una loca)

REMIGIO.- ¿Y quién dice que sea su marido?.

CATALINA.- Si no lo es, me voy en el acto. ¡Se lo prometo!.

REMIGIO.- ¿Cómo sabríamos?.

CATALINA.- Pregúntele su nombre. Se llama... Miguel de Molina.

(Remigio da un respingo; pero Catalina le advierte con seriedad)

No estoy loca, no. Molina es un apellido muy corriente en España; y Miguel... ¡Una sencilla coincidencia!

REMIGIO.- Confiese que era para sospechar. Escóndase aquí. Puede, incluso, marcharse por la escalera de servicio.

(Catalina desaparece, dejando a Remigio desorientado. Se oyen otra vez las risas y la música del piso de abajo)

¡En buen momento viene quien sea!

(Abre la puerta y se encuentra ante un hombre elegante; que parece terriblemente inquieto)

EL MARIDO.- ¿El señor... Morales?

REMIGIO.- Servidor.

MARIDO.- ¿Arquitecto?

REMIGIO.- Lo dice la placá. ¿A quién tengo el gusto de hablar?

MARIDO.- (Sin hacer caso de la pregunta)

¿No le molesto?

REMIGIO.- Le confieso, señor, que estoy algo enfermo y a punto de pulverizarme. Tengo anginas.

MARIDO.- Lo lamento; pero mi visita será breve.

REMIGIO.- Le prevengo que las anginas se pegan.

MARIDO.- A mí me es igual.

(Ha entrado un poco a la fuerza)

REMIGIO.- ¿Y a quién tengo el gusto de hablar?

MARIDO.- Ahora se lo diré. ¿Ese ruido?

REMIGIO.- Es la vecina de abajo que recibe a sus amistades. Espere. ¡A ver si se calma el alboroto!

(Da con el bastón los consabidos golpes.
En efecto, se restablece el silencio)

MARIDO.- ¿Recibe mucha gente la... vecinita?

REMIGIO.- ¡No tiene usted idea!

MARIDO.- Puede usted entablar un pleito.

REMIGIO.- ¿Cree usted?

MARIDO.- Puede exigirle daños y perjuicios. ¡Se lo digo yo! Soy abogado.

REMIGIO.- Si quiere usted ocuparse del asunto, le doy plenos poderes, señor.. ¿Cómo se llama usted?

MARIDO.- No. No puedo ocuparme de sus intereses... y ya comprenderá usted por qué.

(Malicioso)

REMIGIO.- En absoluto. No tengo la menor idea.

MARIDO.- No anda mal de cinismo, caballero.

REMIGIO.- (Que empieza a impacientarse)

¿Cinismo?. Usted ha entrado aquí casi por la fuerza, con aires de conspirador.. y yo soy quien debe juzgar su actitud.

MARIDO.- Cierto. He podido venir de un modo más natural, lo confieso, con el pretéxto de construir una granja, un molino...

REMIGIO.-... o un chalet suizo.

MARIDO.- ¿Por qué no?. Pero mi visita ha sido insospechada. He entrado en esta casa sin saber a donde venía.

REMIGIO.- ¿Usted también?.

MARIDO.- ¿Cómo también?.

REMIGIO.- ¡Bueno! Usted vió una placa al pasar...

MARIDO.- No, señor. Yo he venido a esta casa, porque usted vive en el último piso y no podía subir más.

REMIGIO.- Eso lo aclara todo. Desde el último piso, las vistas son espléndidas. Sin embargo, aquí encima hay una terraza que le entusiasmaría. ¿Quiere verla... mientras que yo llamo a la Casa de Socorro?.

MARIDO.- Usted va a llamar a la Casa de Socorro, pero más tarde, cuando yo actúe.

(Saca un revólver que coloca sobre el tablero, delante de sí. Renigio palidece)

REMIGIO.- ¿Se... se... puede saber lo que intenta usted con... ese instrumento?.

MARIDO.- Nada, si usted no se descompone. Usted vive en el cuarto más alto y más modesto de la casa; ¡me consta!; a usted, como arquitecto, no le agobian los encargos... ¡lo sé!.

REMIGIO.- ¡Caballero! ¿Qué quiere decir todo esto? ¿No es ya bastante?. Dígame de una vez lo que pretende; estoy enfermo y tengo que cuidarme.

MARIDO.- La enfermedad es una invención para justificar el pijama.

REMIGIO.- Tengo fiebre.

MARIDO.- ¡Terminemos de una vez!. Diga a mi mujer que salga de su escondite.

REMIGIO.- ¿Eh?.

MARIDO.- Sé que está aquí. No ha podido salir, porque tengo guardada la puerta de la escalera de servicio; y a menos que se escape por el tejado...

REMIGIO.- ¡Acabáramos!. Usted es, entonces, Miguel de Molina.

MARIDO.- ¡No, señor!. Es inútil que se haga el loco.

REMIGIO.- (Creyendo adivinar al fin)

¡Claro! La loca es ella.

MARIDO.- ¡Ella?. No conozco un cerebro más lúcido ni una mujer más perversa. Desde hace mucho tiempo, se escapa, se escurre de mis manos; pero esta vez, no; la tengo.. ¡la cacé!. ¡No se reirá más de mí!. ¡Ha caído en la ratonera, señor!. ¡Ya está cogida... in fraganti!.

REMIGIO.- ¡In fraganti de qué?.

MARIDO.- No. Después de hacerse el loco, no se haga el imbécil, se lo suplico. Un adarme de valor, caballero. ¡Mi mujer es suficientemente bonita para que usted no niegue que es su amante!.

REMIGIO.- ¡Yo el amante de su mujer?. ¡Falso de toda falsedad!. La he conocido hace un momento.

MARIDO.- ¡Luego usted confiesa que está aquí?.

REMIGIO.- ¡Yo no confieso nada!.

MARIDO.- Diga lo que sepa, que no he de causarle mal alguno.

REMIGIO.- Y si la encuentra aquí, ¿qué hará con ella?

MARIDO.- Nada. Dejársela.

REMIGIO.- Entonces, no me explico el jaleo. Si tiene la seguridad de que está aquí, déjela marchar.

MARIDO.- ¡Ah! ¡No, señor!. Se la cedo a usted... definitivamente. Lo que yo quiero es la prueba de su traición; y eso es mi libertad, la posesión del resto de mi fortuna que ella ha sabido deshacer... Porque es manirrota y desleal. Usted no se lo puede suponer: ¡no es el primer amante a quien engaña!.

REMIGIO.- Pero si yo no soy su amante; si no la conozco.

MARIDO.- A falta de valor, caballero, ¡un átomo de dignidad!. ¿Por qué mentir ante la evidencia?. Desde que he entrado, ¡estoy viendo los labios de ella en su mejilla!.

(En efecto, Catalina dejó impreso el carmín de su boca en un carrillo de Remigio)

REMIGIO.- ¿Cómo? ¿Yó?. ¡No es de ella! No puede ser. Yo no soy ningún anacoreta, señor; tengo mi novia... es actriz... justamente salió de aquí hace poco...

MARIDO.- Patina usted lamentablemente.

(En este momento entra CATALINA. Se ha puesto un pijama de Remigio)

CATALINA.- ¡Tiene razón, Remigio! Es inútil seguir negando. ¡A lo hecho, pecho; como dice el refrán!

(Remigio no puede creer lo que ven sus ojos)

REMIGIO.- ¿Qué?

(Se vuelve al marido)

No es verdad; ¡la he conocido hace media hora!

MARIDO.- ¿Media hora... y ya se besaban?

REMIGIO.- Porque se hacía la loca y decía que era Conchita Piquer.

MARIDO.- Tan verosímil aquello como esto.

(A Catalina)

¿Y esa es la bravura de tu amante?

REMIGIO.- ¡Repito que no soy su amante! Le engaña, le engaña... a usted.

MARIDO.- (A Remigio)

¿Confiesa que me engaña? ¡Será la última vez!

CATALINA.- Lo que quieras. Este hombre me gusta; ¡francamente!. Le encuentro un no sé qué...

REMIGIO.- Pues yo la encuentro a usted abominable.
¡Dígale la verdad, señora!. Dígale que no es
cierto lo que él se cree... ¡Está usted loca,
lo están los dos, o he sido yo el que se ha
vuelto loco?.

CATALINA.- Usted no ha comprendido todavía. Espere
a comprenderlo para juzgar.

REMIGIO.- Eso quiero. ¡Que me lo expliquen!.

CATALINA.- (Trágica)

¡Imposible!.

(A su marido)

Puedes levantar acta. ¡Véngate!.

MARIDO.- Sólo necesito dos testigos.

CATALINA.- ¡Y no los trajiste? Me extraña en tí.

MARIDO.- Siempre que los tenía, te escapabas. Pero
yo los encontraré.

(A Remigio)

¿Quiere usted llamar al portero?.

REMIGIO.- ¡Un diablo!. Yo me voy.

MARIDO.- ¡Quieto!.

(Coge el revólver y apunta) (Catalina
cubre con su cuerpo el de Remigio)

CATALINA.- ¡No! ¡Contra él, no!. Yo soy la única

culpable.

(Ahora vuelven a oírse la gramola y las risas de abajo)

¡Júrame no disparar hasta que cuente diez!.

MARIDO.- Sea.

(Catalina coge el bastón y da nuevos golpes en el suelo, con lo cual disminuye el sonido de la gramola)

Veo que conoces las costumbres de la casa.

¿Desde cuándo eres su amante?.

(Catalina ha vuelto a colocarse ante Remigio para protegerle)

CATALINA.- Eso no te interesa.

MARIDO.- Se me ocurre que abajo puedo encontrar los testigos. ¿Quién vive abajo?.

CATALINA.- Ana María Medrano, la famosa modista.

MARIDO.- Me sirve.

(Hojea la guía de teléfonos)

REMIGIO.- Le prohíbo llamar a esa mujer, que es mi enemiga.

MARIDO.- ¡Mejor! Así declarará contra usted.

(Suena el timbre de la puerta)

¿Espera a alguien?.

(El rostro de Remigio se ilumina)

REMIGIO.- (Antes de abrir)

¿Eres tú, Pablo?

(Se oye en seguida una voz de mujer)

LA VOZ.- No. Soy Ana María Medrano; que estoy cansada de los golpes... ¡y vengo a ver qué pasa!

MARIDO.- La vecina... ¡El cielo me la envía!

CATALINA.- (Melodramática)

¡Qué suerte la de los hombres!

(El marido va a abrir)

REMIGIO.- ¡No abra usted! Esa mujer no puede entrar en mi casa.

(Pero el marido ha abierto y entra ANA MARIA, vestida con elegancia un poco excéntrica y acompañada por un hombre bien portado: un caballero fino)

MARIDO.- Señora... Caballero. Llegan ustedes oportunamente.

ANA MARIA.- ¿Es usted el arquitecto?

MARIDO,- No.

(Por Remigio)

Este señor, que es el amante de mi mujer.

(Señala a Catalina)

Buscaba, precisamente, unos testigos.

ANA MARIA.- ¡Qué sorpresa!. ¡Llegamos en flagrante

delito?.

REMIGIO.- Miren, señores: ¡yo no aguanto más!. ¡Ya es bastante!. Estoy en mi casa y tengo el derecho de hacer lo que se me antoje.

ANA MARIA.- ¡Salvo destrozar mi techo y derribar mi araña!.

MARIDO.- Señora... Caballero... ¿Ustedes comprueban que mi mujer se halla, en un traje demasiado íntimo, con este hombre?.

ANA MARIA.- ¡Sin la menor duda!.

(Volviéndose a Remigio)

¡Es usted un Don Juan!.

MARIDO.- ¡Señora! ¡No estamos para bromas!.

ANA MARIA.- Lo comprendo, pero estoy divertidísima, felicísima... ¡cañón!.

MARIDO.- (Al hombre)

¿Están ustedes dispuestos a declarar lo que han visto?.

EL HOMBRE.- Yo soy un caballero y jamás declararé contra una débil mujer que, a lo mejor, ha caído en un lazo.

REMIGIO.- ¡Muy bien!. Pero el que ha caído aquí

en la trampa soy yo.

HOMBRE.- Eso ya es menos verosímil.

CATALINA.- Le autorizo a declarar contra mí y le doy las gracias por su rasgo caballeresco. Yo amo a este hombre y aspiro a rehacer mi vida con él... si él lo consiente.

REMIGIO.- ¡No, no! Esta mujer está loca. ¡El marido quiere quitársela de encima!. Ya está claro todo.

CATALINA.- ¿Tengo yo aspecto de loca?.

ANA MARIA.- (Con ironía)

¡Es un valiente el vecinito!.

REMIGIO.- ¡Fuera de mi casa! Usted, la arpía, ¡la primera!.

(Al marido)

Ya tiene sus testigos; estará contento... ¡Fuera todos!.

CATALINA.- ¿Yo también, Remigio?.

ANA MARIA.- (Al marido)

Antes, por teléfono, me dijo que tenía en casa una mujer seductora... ¡Y era la de usted!.

MARIDO.- (A Catalina)

Vístete y vámonos.

CATALINA.- ¿Yo?

MARIDO.- Te vienes conmigo. Si has olvidado que llevas mi nombre, yo no. Volvamos a casa,

ANA MARIA.- ¡Qué espanto de hombre!. ¡Es un ladrón de mujeres!.

REMIGIO.- Señora, usted a su casa con sus amigos.

(Al marido)

Y usted sepa que su mujer volverá a la suya inmediatamente... en cuanto me dé unas explicaciones que me hacen falta.

MARIDO.- ¡No, señor! ¡Me la llevo conmigo!.

REMIGIO.- Usted no sabe lo que quiere; antes me la dejaba a la fuerza, aquí; y ahora, a la fuerza, se la quiere llevar.

MARIDO.- Usted no puede comprender mi situación.

CATALINA.- Déjame, Heliodoro. Te prometo ir por última vez al domicilio conyugal.

REMIGIO.- ¿Se llama Heliodoro?

MARIDO.- Miente otra vez; me llamo Pedro.

REMIGIO.- Pero, ¿cuándo va a decir usted la verdad?

CATALINA.- ¡Nunca!. Las bellas verdades son aun más raras que las bellas mujeres. La verdad desnuda es horriblemente fea, y la mentira es una

necesidad, ¡una obligación!. Sin ella la vida sería triste como un cielo gris, desesperante como un camino recto. Ni un pintor pinta sin colores ni un poeta escribe sin diccionario de la rima. ¡La mentira es la paleta llena de colores que nos hace soportable la vida!.

ANA MARIA.- Es maravilloso lo que dice esta mujer adúltera.

(A Remigio)

Usted, naturalmente, no entenderá ni una palabra.

REMIGIO.- Salga... ¡o no respondo de mí!.

CATALINA.- Sí; déjennos.

(A su marido)

Heliodoro; te doy mi palabra de embustera: iré en seguida a casa a liar los bártulos.

MARIDO.- Bien.

(A Remigio)

Buenas tardes, señor. No le pido que la haga feliz, porque no le odio hasta el punto de desear que sea usted falsario, ladrón, estafador y reo de delito común.

ANA MARIA.- ¿El? ¿Deshonrarse por una mujer? ¡Ja, ja...! Tiene el estómago muy delicado y demasiado viejo el corazón.

(Ana María, el hombre y el marido salen. Remigio cierra la puerta tras ellos. Luego se vuelve, amenazador, hacia Catalina)

REMIGIO.- Y ahora, ¿qué dice usted?

CATALINA.- Calma, se lo suplico.

REMIGIO.- No le prometo nada; dependerá de sus explicaciones.

CATALINA.- No hacen falta.

REMIGIO.- ¿No?. Tomé a usted por una loca y veo que no es más que una taimada.

CATALINA.- Ha sido usted un cándido haciendo caso a un hombre... que no es mi marido.

REMIGIO.- ¿Ah, no?. ¡Por esto no paso!. Explíqueme usted... ¡o no respondo!.

CATALINA.- ¿Sería capaz de... pegarme?.

REMIGIO.- Siento impulsos de arrancarle el pijama y azotarla.

CATALINA.- ¿Tiene usted látigo?.

REMIGIO.- ¿Desafío quizá?.

CATALINA.- Quizá sadismo.

REMIGIO.- Señora, un último consejo: hable seriamente y váyase.

CATALINA.- Sea. Yo confiaba en retirarme de aquí llena de encanto, de misterio... Un poeta me hubiese dejado marchar como llegué. Pero usted no es poeta. Yo hubiese traído a su vida una ráfaga de viento, un torrente de fantasía... Y habría dejado en su corazón un recuerdo, quizá ridículo, pero quizá un poco tierno... Usted diría: -¿Estaba loca aquella mujer? ¿Era una histérica? ¿Y... se llamaba Cata solamente?"

REMIGIO.- Yo no le pido literatura, sino hechos precisos, concretos.

CATALINA.- Pero para usted. Destruyamos el sueño; restablezcamos la insípida verdad; volvamos a mirar nuestros relojes y a exhibir nuestro estado civil; pensemos otra vez en nuestras deudas y retrocedamos al reinado del fisco, de los negocios prohibidos y de los números pares e impares. ¿Por dónde desea usted que comience?. ¿Mi infancia? ¿Mi matrimonio?. ¿Qué quiere usted?.

REMIGIO.- Que sea breve.

(De pronto la puerta se abre y CHUCHITA entra. Es joven y desahogada. Creía encontrar a Remigio solo y su sorpresa no tiene límites al hallarle con otra mujer en pijama)

CHUCHITA.- ¡Muy bien! ¡Esas son las anginas!

Remigio se levanta turbado. Catalina no demuestra en menor sobresalto)

REMIGIO.- No te esperaba.

CHUCHITA.- Ya lo veo.

REMIGIO.- Te explicaré: es sencillísimo.

CHUCHITA.- ¡Pero esta señora en pijama!

CATALINA.- ¡Oh, perdón! ¿La señorita es su novia?

REMIGIO.- Sí, señora. Una catástrofe más a su cuenta. ¡Cualquiera la convence de que no la engañó!

CATALINA.- El segundo delito in fraganti. ¡Hay días de suerte!

(Rie)

REMIGIO.- No es para reirse.

CHUCHITA.- ¿Quién es esta mujer?

REMIGIO.- ¡Yo qué sé!. Cuando te cuente lo ocurriendo no lo creerás.

CATALINA.- Creo, en efecto, que le parecerá mentira.

~~CHUCHITA~~

CHUCHITA.- Lo que veo es que no le falta serenidad. ¿Está usted acostumbrada?

CATALINA.- ¡Oh! No sea insolente, señorita. No es su estilo. Yo adivino en usted una mujer inteligente, un poco...

CHUCHITA.- Un poco prima, ¿no?

REMIGIO.- Vamos, no te enfades. Yo te explicaré.

CHUCHITA.- ¡Si está claro!. Necesitabas libre tu tiempo para recibir a la señora. ¡Unas anginitas!... La gran disculpa. Y yo, ¡idiota de mí! que venía con los medicamentos...

CATALINA.- Inconvenientes de llegar súbita.

CHUCHITA.- Gracias por el consejo. Cuando vuelva, a encargarle alguna chapuza, llamaré al timbre. Toma la llave.

(Va a salir)

REMIGIO.- Oye, Chuchita...

CATALINA.- Señorita, se lo ruego. Nos acusan las apariencias; pero yo le juro que no hay en esto nada malo.

CHUCHITA.- Mire: no perdamos el tiempo en vanas explicaciones. No me gusta estorbar.

REMIGIO.- Pero, si yo no conozco a esta mujer!.

CHUCHITA.- ¿Y cómo está con tu pijama?

REMIGIO.- Eso iba a explicarme ahora.

CHUCHITA.- ¿Ustedes creen que me chupo el dedo?

CATALINA.- Pues es la realidad. Yo entré aquí casualmente.

REMIGIO.- Yo la tomé por una loca. Fué al cuarto, se puso el pijama...

CHUCHITA.- Y tú... ¡tan inocente!. Querrás que me arroje a tus pies arrepentida. ¡No es mi género!. Guardo mis lágrimas para cuando estoy sola.

CATALINA.- ¡Bien, señorita!. Pero ahora no hay por qué llorar; porque el señor no miente. No me conoce.

CHUCHITA.- (A Remigio)

Pero, ¿por qué está en pijama?

REMIGIO.- Para hacerse sorprender aquí por su marido.

CHUCHITA.- ¿Qué?

REMIGIO.- Ni más ni menos.

CHUCHITA.- ¿Y quieres que me crea ese cuento chino?

CATALINA.- (A Remigio)

Debió dejarme hablar a mí. _____

Su verdad es increíble; yo hubiera inventado una mentira tolerable.

REMIGIO.- ¡Créeme, Chucha!

CHUCHITA.- ¡Es bastante!. Ya que estoy en ridículo, ten la delicadeza de no mofarte de mí. ¡Adiós, Remigio!. Te felicito, porque es muy bonita; pero, ¡mucho ojo!. Si estás de verdad enamorado, prepárate a sufrir.

REMIGIO.- ¡Pero si no me importa un pepinillo!

CHUCHITA.- ¿Y ~~si~~ te embarcas en esta aventura sin ilusión? ¡Pobre Remigio!

REMIGIO.- ¡Si entre ella y yo no hay... ni esto!

(A Catalina)

Usted que se expresa tan bien, convénzala.

CATALINA.- ¿Vale la pena?. No veo en los ojos de usted la menor angustia; no percibo, en la garganta de ella, alteración alguna ni congoja. Ella se siente, nada más, ofendida; usted está, solamente, alterado.

REMIGIO.- ¡Yo estoy desolado, señora!

(Suena el timbre de la puerta)

¿Más?.

CHUCHITA.- Me voy.

REMIGIO.- ¡Espera!

CHUCHITA.- Pero, ¿no ves que estoy de sobra?

(Esta vez se halla decidida. Abre la puerta y aparece el testigo de antes, a quien Chuchita cede el paso, yéndose ella inmediatamente. Remigio corre tras Chuchita llamándola. El hombre se dirige a Catalina)

EL HOMBRE.- ¡Bravo! ¡Formidable! ¿Quién es esta mujer?

CATALINA.- Su prometida.

HOMBRE.- ¡Caracoles!

CATALINA.- Esto se ha torcido. Terminemos pronto.

(Vuelve Remigio)

REMIGIO.- No hubo medio. Se fué.

(Al hombre)

Usted, ¿qué quiere?

HOMBRE.- Vengo por la señora.

REMIGIO.- ¿Y usted quién es?

HOMBRE.- Uno de los testigos de antes.

REMIGIO.- Eso ya lo sé; pero, ¿qué quiere ahora?

HOMBRE.- ¿Necesito explicárselo?

REMIGIO.- ¡No!. Más enredos, no.

HOMBRE.- Yo vivo en esta casa. La señora venía a

mi estudio. ¿Usted comprende?

REMIGIO.- No.

HOMBRE.- Pues es clarísimo: su marido la vigilaba, la hacía seguir... Ignoraba dónde iba... Hoy, sintiéndose perseguida de cerca, pasó de largo frente a mi habitación y se metió... ¡en cualquier parte!

REMIGIO.- ¿Cómo en cualquier parte? ¡En mi casa!

HOMBRE.- El marido, sin duda, la vió entrar aquí.

REMIGIO.- Llévesela en buen hora.

CATALINA.- En seguida estoy.

(Sale)

HOMBRE.- Sólo me resta agradecer su actitud. Usted ha sido...

REMIGIO.- Yo he sido un imbécil, hombre. Y usted mismo tuvo una prudencia que está a dos dedos del pánico. Sólo la señora es una comedianta consumada. Pudo evitarse, claro está, ciertos... detalles de interpretación. ¡El flagrante delito en mi casa no era necesario!

HOMBRE.- Había que desvanecer sospechas.

REMIGIO.- Comprendido.

HOMBRE.- Pero no del todo, caballero. La señora no es mi amante. Los muchos amantes que su marido le ha descubierto, no han tenido jamás con ella sino relaciones presididas por un gran respeto y la máxima admiración profesional.

REMIGIO.- ¿Qué quiere usted decir?.

HOMBRE.- Nosotros la respetamos y la obedecemos.

REMIGIO.- ¿Qué?.

HOMBRE.- Perdone que no sea más explícito. Su mismo esposo no debe saber a lo que ella consagra su vida. Prefiere perder su reputación de mujer honrada antes que dejar de servir....

REMIGIO.- (Que no comprende)

¿Servir... a quién?.

HOMBRE.- ¿A qué se puede servir sino a una patria?.

Pero... ¡viene!.

(CATALINA vuelve vestida con su traje anterior. Su gesto ha cambiado una vez más. Ahora está seria)

A vuestras órdenes, señora. ¿A dónde debo acompañarla?.

CATALINA.- A casa.

HOMBRE.- Imposible. El avión sale de Barajas dentro de media hora. Bobby espera allí con la cartera.

CATALINA.- Bien.

REMIGIO.- ¿Se puede saber quien es usted?.

CATALINA.- Para usted, Catalina. Muchas gracias... y perdón.

(Al hombre)

Dele usted su nombre.

HOMBRE.- ¿Cuál?.

CATALINA.- El de aquí; y el número de su teléfono.

HOMBRE.- (A Remigio)

Pancho Villa. Arenal, cuatro. Teléfono 25205.

Anote usted. Al menor contratiempo, me llama.

(A Catalina)

Are you ready?.

CATALINA.- All right!..

(Salen, cambiando entre sí frases de alemán e italiano. Remigio queda aplanado. Mira, meditabundo, el papel donde acaba de tomar unas notas)

REMIGIO.- ¡Extraña aventura! ¡Cómo iba a sospecharlo

(Suena el timbre de la puerta)

¿Otra vez?.

(Con desconfianza)

¿Quién?

LA VOZ DE PABLO.- ¡Pablo!

REMIGIO.- ¡Ah! ¿Tú?

(Abre)

Llegas oportunamente.

PABLO.- Chuchita se te va.

REMIGIO.- ¿Lo sabes?

PABLO.- Acabo de verla.

REMIGIO.- Se me va... para sustituirme.

PABLO.- No es el momento de estar celoso, después de lo que acaba de ocurrir.

REMIGIO.- ¿Te lo ha contado?

PABLO.- Me parece que tienes poca imaginación. Pudiste inventar otra cosa.

REMIGIO.- ¡La verdad pura!. Pero, todavía, más extraordinaria.

PABLO.- ¿Niegas que esa mujer sea tu amante?

REMIGIO.- Más que nunca. Ni mi amante, ni una loca, ni una cualquiera... Es ¡una espía!

PABLO.- ¡Qué?

REMIGIO.- ¡Lo que me ha costado averiguarlo!

PABLO.- Pues busca otro embuste, que ese no cuela.

REMIGIO.- ¿Y Chuchita?.

PABLO.- No vuelve a mirarte a la cara. Le tienes sin cuidado.

REMIGIO.- ¿Os arreglásteis ya?.

PABLO.- ¡Eres un cínico!.

REMIGIO.- Todo lo creo ya posible. Te confieso que Chuchita me decepcionó un poco. ¡Ni una lágrima!.

PABLO.- Delante de tí, quizá.

REMIGIO.- ¿La has visto llorar?. ¡Oh, gracias!. Díle que venga en seguida.

PABLO.- No sé a dónde ha ido. Se despidió de mí como una loca.

REMIGIO.- ¡Pobre Chuchita! Yo también, en el fondo, la quiero

PABLO.- E esta otra mujer... ¿puedes explicarme?.

REMIGIO.- Ha entrado en mi vida como una ráfaga de viento que abre de pronto la ventana y hace volar los papeles del cuarto. Tienes que colocarlos otra vez en su sitio, como yo tengo que poner en orden mis ideas.

PABLO.- Ya lo veo. Estás alterado.

REMIGIO.- Algo peor: aturdido. Te advierto, ije, je... ! que es una mujer seductora. Has debido de verla. Acababa de salir cuando tú llamaste.

PABLO.- Me crucé con una pareja en el piso de abajo.

REMIGIO.- Una mujer bonita, elegante... con un vestido de flores...

PABLO.- Esa. ¿Y él, con traje azul?.

REMIGIO.- Son ellos.

PABLO.- Pues... ¡la estaban gozando como locos! ¡Reían a mandíbula batiente!.

REMIGIO.- ¿Qué?.

PABLO.- Habían llamado en casa de la modista; de tu enemiga... Entraron los dos riendo a carcajadas... y los que estaban dentro los recibieron en triunfo.

REMIGIO.- ¿Tú te ries de mí?.

(En este instante suena en la gramola de abajo una marcha triunfal; acompañada por risas y gritos jubilosos. Remigio duda un momento; pero, subitamente va al teléfono, mira en el papel de antes y llama a un numero.- Hay una pausa)

¿Veinticinco dos cero cinco?. ¿Don Pancho Villa?... Sí, Pancho Villa... ¿No le conocen ustedes?... Pues, ¿con quien hablo?... ¿El despacho de Pompas Fúnebres? Gracias.

(Cuelga rabioso, rojo de indignación)

¡Esa mala mujer!. ¡Era una broma!. ¡Se han burlado de mí!.

(Pasea la mirada por el cuarto, iracundo)

PABLO.- ¿El bastón?.

)Ofreciéndoselo)

REMIGIO.- ¡Eso nó es de calibre!.

(Toando el canapé por la cabecera)

Anda, ayúdame.

(Pablo coge el mueble por los pies y ambos lo conducen al centro de la habitación)

A ritmo, ¿eh?.

(Golpea en el suelo con el mueble, exclamando Remigio a cada golpe)

¡Groseros! ¡Canallas! ¡Bandidos! ¡Apaches!.

TELON RAPIDO

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

"En casa de Ana María. Inmediatamente debajo de la habitación de Remigio. Es idéntica en las proporciones aunque, en la disposición, diferente en absoluto de aquella. Lujo, refinamiento, muebles elegantes, ricas cortinas, teléfono de película, un bello diván persa. Ha transcurrido una hora desde el final del primer acto. Los actores de la farsa representada en el cuarto de Remigio, o sean, Catalina, Jorge y Lorenzo - celebran el bromazo con Ana María. Anochece y la habitación está casi en la penumbra. En la gramola suena la serenata con sordina, en punto bajo la intensidad del aparato.

LORENZO.- (Que representó el papel de Amante, riendo, como los demás)

Si el bromazo se prolonga un minuto más, suelto el trapo.

CATALINA.- Por poco lo descubres todo, majadero.

LORENZO.- Pues sí que tú reíste con disimulo... en la escalera.

CATALINA.- Necesitaba desahogarme.

ANA MARIA.- Todo salió estupendo, a pedir de boca, ¡a huevo!.

CATALINA.- Hija, eres un orador de triple efecto.

LORENZO.- Y, a la tercera, ¡la vulgaridad,

cuando no la impropiedad!.

ANA MARIA.- ¿Diréis que la farsa no resultó perfecta, limpia, impoluta?.

JORGE.- (Que hacía de marido)

Cierto. Cada vez que Catalina daba con el bastón en el suelo, el personaje designado subía y llamaba.

LORENZO.- De mí no te quejarás. En vez de amante de tu esposa, me hice pasar por su cómplice.

ANA MARIA.- Viene a ser lo mismo: amante, cómplice, compinche.

JORGE.- Si hubieras visto la cara del pobre hombre, cuando Catalina se presentó en pijama... ¡Era indescripcible!.

LORENZO.- ¿Y cuando le dí a entender que Catalina era una espía andorrana?.

CATALINA.- ¡Ya nos veía en guerra con Andorra!.

ANA MARIA.- Con Andorra y Gomorra.

JORGE.- Confundes la geografía con la historia sagrada.

LORENZO.- (Acercándose a la gramola y acreciendo el sonido)

¿Os parece que desafiemos al vecino?.

JORGE.- ¿Para qué, si dicen que ha salido?.

CATALINA.- Por si acaso... ¡fuera!.

(Se levanta y para la gramola)

¡Bueno está lo bueno!.

LORENZO.- ¡Con el éxito que has tenido!.

ANA MARIA.- Debías dedicarte al teatro. Te lo he dicho siempre, siempre, siempre.

JORGE.- Y te lo ha dicho cada vez tres veces.

CATALINA.- Voy a encender la luz. La penumbra me pone melancólica.

(Enciende las luces)

LORENZO.- De dedicarte al teatro, que no sea al drama. El vodevil te sale a maravilla.

CATALINA.- No se hable más de mí. Si os dijera que me siento... rara.. no sé por qué. Tengo un poco de remordimiento.

JORGE.- ¿Te ha impresionado el arquitecto?.

ANA MARIA.- A ésta no la impresiona ni Boris Karloff.

CATALINA.- Siento lo sucedido por su amiguita, con la que iba a casarse.

LORENZO.- Según malas lenguas.

CATALINA.- No te rias. Lo ha dicho la portera.

LORENZO.- Pues... ¡tú verás!.

(Horacio, el criado, entra)

HORACIO.- Un caballero pregunta por la señora.

ANA MARIA.- ¿Un caballero?.

HORACIO.- El señor... Don Remigio Morales.

(Sorpresa general)

CATALINA.- ¡El vecino!.

ANA MARIA.- (A los demás)

¿Qué me querrá?.

JORGE.- Eso mismo me pregunto yo.

LORENZO.- Promover un escándalo.

ANA MARIA.- ¿Un escándalo? ¿Por qué?.

CATALINA.- ¡Hija! Haces unas preguntas... ¿Por qué?

Porque está en su derecho.

ANA MARIA.- (A Horacio)

¿Qué aspecto tiene?.

HORACIO.- Deplorable, señora.

ANA MARIA.- ¿En plan de furia?.

HORACIO.- En plan de pijama. Dice que las visitas urgentes se hacen de cualquier manera.

ANA MARIA.- Es inaudito, insufrible, insoportable.

CATALINA.- Recíbele, mujer.

JORGE.- Recíbele. Si viene a darte un escándalo,
le arrojamos por la escalera.

LORENZO.- Y si, como creo, no se dió cuenta de na-
da, continuamos la broma.

ANA MARIA.- Que pase el caballero.

CATALINA.- Olvidais que, si nos ve juntos, lo adi-
vinará todo.

ANA MARIA.- Tienes razón; debo recibirle sola. Pe-
ro, estad cerca, por si acaso. Interpretaré
mi papel lo mejor posible, aunque no sea una
primera actriz como tú.

CATALINA.- Basta de comentarios.

ANA MARIA.- (A Horacio)

Hágale entrar.

(Mutis de Horacio)

CATALINA.- Va a traer cola el asunto. Me lo dice
el corazón.

(Salen Catalina, Jorge y Lorenzo. A po-
co entra REMIGIO)

ANA MARIA.- Os recibo, caballero, con asombro, con
estupefacción, con... con...

JORGE.- (Desde dentro, con voz velada de
apuntador)

Con mucho gusto.

ANA MARIA.- ¡Un demonio!

REMIGIO.- Señora: una buena comedianta debe seguir al apuntador. A menos que sea, a la vez, autora de la pieza, o que...

ANA MARIA.- ¡Basta, caballero!. Si viene a excusarse por sus impertinencias de vecindad, desespresa. Tengo que salir.

REMIGIO.- Vengo a darle un martillazo a la gramola.

ANA MARIA.- ¡Ya está; el escándalo!

REMIGIO.- (Mirando la araña del centro)

¡Caracoles! ¡Bonita araña!. ¡Y fuerte! Todavía no he conseguido hacerla polvo. Todo se andará, si continúa usted apasionándose por la Serenata de Schubert, que... no está mal del todo... ¡cuando se oye cada cinco años!

ANA MARIA.- Usted no pretenderá imponerme su estética.

REMIGIO.- Yo no tengo estética.

ANA MARIA.- Y, menos, en pijama.

REMIGIO.- Correspondo a la confianza que ustedes se han tomado conmigo.

ANA MARIA.- ¿Está usted loco, señor?.

REMIGIO.- No. Sólo un poco de grippe.

ANA MARIA.- En este saloncito, no se ha dejado usted la aspirina. La tendrá en el cuarto de baño

REMIGIO.- Pero mi deber está aquí. Tengo que telefonar a varios sitios y el aparato de arriba no da tono. Aquí no prevalece más tono que el de la Serenata célebre y plúmbea.

ANA MARIA.- Y por cierto...

(Levantándose)

REMIGIO.- ¡No!.

(Cogiendo una silla volante)

Usted repite la serenata y yo me cargo la araña en tiro directo.

ANA MARIA.- Ha venido usted a promover un escándalo, aprovechándose de que estamos solos.

REMIGIO.- Con el apuntador. Pero, nada de escándalo, señora. Vengo a lo que le dije y, antes de todo, a expresarle mis felicitaciones.

ANA MARIA.- (Sentándose)

¿Por qué?.

REMIGIO.- Por la deliciosa comedia que se ha es-

trenado arriba.

ANA MARIA.- No entiendo lo que quiere decir.

REMIGIO.- No cuadra a su orgullo esta actitud modesta de ahora. La farsa hubiera podido prolongarse, si uno de los cómicos no comete una lamentable pifia.

ANA MARIA.- ¡La risa de Lorenzo!

(Volviéndose)

¿Lo veis, idiotas?

REMIGIO.- Ha sido una morcilla deplorable.

ANA MARIA.- ¡Jorge! ¡Lorenzo!. ¿No oís que os llamo?

REMIGIO.- (Conforme ve entrar a los dos amigos)

Idiota primero, idiota segundo.

JORGE.- ¡Caballero!

REMIGIO.- Me atengo a la nomenclatura de la comediógrafa.

ANA MARIA.- Lo sabe todo. ¡Por tu culpa, Lorenzo!

La idea de darle el número de la funeraria era una simpleza.

REMIGIO.- Es una broma tan corriente...

ANA MARIA.- A usted ese número le era familiar.

REMIGIO.- ¡Claro!. Se muere un amigo y...

ANA MARIA.- O se encarga que a una vecina...

REMIGIO.- Le tomen la medida para el féretro. ¡Ja, ja, ja!

ANA MARIA.- Ya supuse entonces que fué cosa suya.

REMIGIO.- Es verdad. Confieso que no poseo su inventiva y que carezco del concurso de actores tan eminentes como sus amigos. Lo que siento es no poder felicitar a la principal intérprete.

LORENZO.- Eso... nunca lo conseguirá.

REMIGIO.- (A Jorge)

¿La ha matado usted?

JORGE.- No era para tanto.

REMIGIO.- Es usted un marido benévolo. Luego dicen que el hábito no hace al monje.

JORGE.- ¡Caballero! Supongo que hablará usted en broma.

REMIGIO.- ¿De qué otro modo se habla entre bromistas?

JORGE.- Esperamos que nuestra broma le sirva de lección.

LORENZO.- Y que, de hoy en adelante, deje en paz a nuestra amiga.

REMIGIO.-vDesde luego. De la araña no respondo.

ANA MARIA.- No escapó usted mal, señor mio. Catalina es... extraordinaria, sublime, excelsa.

REMIGIO.- Esos tres adjetivos me parecen pocos.

JORGE.- No tiene más... ¡ni menos! Es su cifra.

REMIGIO.- Pues sí Catalina... ¿Ha dicho usted Catalina?

ANA MARIA.- Si.

REMIGIO.- No se me olvidará. Si Catalina es una mujer pistonuda y una actriz imponente en su papel de casada imperfecta, usted, amigo, es el marido ideal. ¡Qué bestia!

JORGE.- Supongo...

REMIGIO.- No es broma, no; es un elogio merecidísimo.

LORENZO.- Es un elogio, hombre.

REMIGIO.- Pues, y usted ¿en el amante o en el agente secreto - que todavía no lo sé -.. ¡qué bruto!. Borrás a su lado... es un mosquito junto a un buey.

LORENZO.- Emplea usted unos tropos...

REMIGIO.- Soy un hombre a la moda. Las cosas claras. Díganle, sobre todo, a su compañera que

la farsa superó todas sus ilusiones. Desde hace hora y media no aparece Chuchita por ninguna parte. Lo cual no obsta para que la broma haya sido... ¡graciosísima!

(Muy serio)

LORENZO.- Se le dirá, caballero.

ANA MARIA.- ¿Se le dirá?. Pues eso necesita ella: que se la ponga en cuidado.

JORGE.- La llegada de su amiguita no entraba en nuestros planes. Ha sido una contingencia imprevista.

REMIGIO.- (Dramático)

¡Y lamentable, caballero!. La responsabilidad de lo que pueda ocurrir caerá sobre ustedes. Lo de menos, con ser un millón de pesetas, es que pierda yo su dote. Me indemnizan y en paz.

ANA MARIA.- ¿Un millón de pesetas?. ¿Pues no se trata de una actriz principiante?.

REMIGIO.- Pero... ¡qué rica!.

ANA MARIA.- No se preocupe.

REMIGIO.- (Alargando la mano)

¿Cuento con el millón?.

ANA MARIA.- Quiero decir que su novia aparecerá esta misma noche. O mañana temprano.

JORGE.- Habrá ido a casa de alguna amiga.

REMIGIO.- Ninguna sabe de ella.

ANA MARIA.- Estará con su madre.

REMIGIO.- No tiene madre; afortunadamente.

LORENZO.- Tal vez en el teatro.

REMIGIO.- Allí le han puesto falta y veinte duros de multa... que ya les he apuntado a ustedes en su cuenta. Si falta tres meses... son noventa mil pesetas.

JORGE.- Sobra un cero, señor.

REMIGIO.- Comprenderá usted que un cero no vale nada y comprenderán, ¿cómo no?, que yo no me preocupo de los ceros ni de los guarismos, sino de mi amor y de su vida. ¿Cuánto vale una vida?. Por lo menos, diez y siete años de presidio.

ANA MARIA.- ¿Tantos, Jorge?.

JORGE.- Aquí no habría habido, a lo sumo, más que una imprudencia temeraria, de la que resultó una muerte. Cinco años y un día.

REMIGIO.- ¿Y dice usted que resultó una muerte?

(Arrojándose sobre el teléfono)

ANA MARIA.- ¡Cinco años y un día!.

LORENZO.- ¿A dónde llama usted?.

REMIGIO.- Al Depósito de cadáveres.

JORGE.- ¿Sabe usted el número de memoria?.

REMIGIO.- ¡Qué de memoria!. Mírelo usted aquí.

(Mostrándole el puño del pijama)

En tinta china. ¡Ya no hay quien lo borre!.

"¡Oiga!.

(Suena lejano y constante un timbre de teléfono)

"¡Oiga! ¿El Depósito?... ¿Con quien hablo?.

Tantísimo gusto... Bueno, quiero decir...

¿Ha entrado algún cadáver?. ¡Once!".

ANA MARIA.- ¡Qué horror!.

REMIGIO.- "No. No es un obrero del gasómetro... Se

trata de una señorita... ¿Cómo?. ¡¡En el Me-

tro! ¡¡En la Puerta del Sol!!...¡Justo!".

JORGE.- No se atropelle usted.

LORENZO.- Indague las señas.

REMIGIO.- ¡Claro! Es verdad "¡Oiga!". Ha colgado.

(Vuelve a llamar)

ANA MARIA.- Jorge, tengo miedo.

REMIGIO.- Es ella. La conozco muy bien. Apasionada; nerviosa...

ANA MARIA.- ¡Frenética!

REMIGIO.- ¿Cómo lo sabe?

JORGE.- Porque no hay dos sin tres.

REMIGIO.- "¡Oiga! El Depósito?... Si, el mismo pel-
mazo; pero comprenda usted... La suicida del
Metro, ¿es rubia?. ¡Rubia!. ¿Veintidos años?.
Se quita tres. ¿Vestido de georgette?... Oiga,
oiga... ¡No se vaya, hombre!. Tenga usted la
dignidad del cargo. ¡Un cadáver es una cosa
muy seria. ¿Sabe usted quien soy yo?... ¡Ah,
bueno!. Pues soy el doctor... Vital Aza. Pón-
gase usted la gorra y conteste. La señorita,
¿se llama Chuchita?. No se lo ha dicho, ¡cla-
ro! ¡Es ella! ¡Es ella!. Haga el favor de ver
si tiene un lunar entre el quinto y el sexto
espacio intercostal... No, a la derecha. Co-
mo si fuese el timbre del hígado... Espero.

ANA MARIA.- Esto es horrible, Jorge.

REMIGIO.- ¡Horrible, espeluznante!

ANA MARIA.- ¡¡Catastrófico!! , remate usted.

JORGE.- (A Lorenzo)

Nos hemos metido en mal asunto.

REMIGIO.- (Al teléfono)

"¡Diga!... ¡Oh!!...

(Deja el teléfono y medio se desvanece)

ANA MARIA.- ¡Caballero! ¡Horacio!... ¡Catalina!.

REMIGIO.- ¡Ah! ¿Catalina?. ¿Está ahí?.

(Se levanta mirando a todos con las pupilas extraviadas)

JORGE.- ¡Señor!.

LORENZO.- ¡Calma!.

REMIGIO.- ¡Asesinos!.

HORACIO.- (Entrando)

La señorita Catalina se ha desmayado.

REMIGIO.- ¡Ha hecho perfectamente!.

JORGE.- Veamos.

(Sale)

REMIGIO.- (Amenazador)

¡Señora...!

ANA MARIA.- ¡Rompa usted la araña!.

LORENZO.- ¿Quiere usted un calmante?. Un lunar lo tiene cualquiera. Yo mismo poseo varios...

REMIGIO.- (Más frenético aun)

¡¡No cream que estoy loco!! Hay que comprobar.

(A Lorezno)

¡Venga usted conmigo!. ¡Eche delante!.

LORENZO.- (Remeroso)

Pero, ¿dónde me lleva usted?.

REMIGIO.- ¡Al Depósito!.

(Sale Lorenzo. Remigio se vuelve desde la puerta)

Si no vuelvo, avise usted a mi padre. Hasta que él venga, dele de comer a Adolfina.

ANA MARIA.- ¿Quién es Adolfina?.

REMIGIO.- ¡La gata!.

(Sale, dejando a Ana Maria y a Horacio mudos y absortos)

ANA MARIA.- (Después de una pausa)

Horacio: sube al ático y échale por debajo de la puerta un cuarto de pollo.

HORACIO.- ¿Por debajo de la puerta? Le echaré un lenguado.

(Sale)

ANA MARIA.- ¡El....! ¡La...! ¡Lo...! No me sale nada

(Va a salir en busca de CATALINA cuando aparece esta sostenida por JORGE)

¡Ah, Catalina! ¿Qué ha sido?.

JORGE.- Nada... un vahido ligero.

ANA MARIA.- Toma un cótel.

(Va a servirselo)

CATALINA.- No.

ANA MARIA.- ¿Por qué no saliste?. Las cosas desde lejos se abultan, se deforman, se... se ..

¡Acaba, Jorge, que no atino!.

JORGE.- Se adulteran.

ANA MARIA.- ¡Eso!.

CATALINA.- Me burlé tanto de él, que no me atrevía.

ANA MARIA.- ¿Sabes lo que nos dijo de tí?.

CATALINA.- Todo lo he oído.

ANA MARIA.- Y, en confianza, ¿crees que esa chica haya sido capaz?.

CATALINA.- Si le ama, sí. Estoy traspasada.

ANA MARIA.- ¿Por lo de la chica?. ¡Bah!. Se consuelan los viudos...

CATALINA.- Los viudos se consuelan antes que los novios. No les aventajan más que las viudas.

HORACIO.- (Entrando)

El doctor Muñiz.

ANA MARIA.- ¿Le conocéis?. ¿No es el de las autop-
sias?.

HORACIO.- Doctor Pablo Muñiz. Joven. Un poco ato-
londrado.

ANA MARIA.- ¿Es amigo vuestro?.

JORGE.- Mio, no.

CATALINA.- Ni mio.

HORACIO.- Desea hablar con la señora.

ANA MARIA.- Pues yo no recibo. Decidle que... estoy
mala.

JORGE.- No es buena excusa para un médico.

HORACIO.- Viene a hablar del vecino de arriba.

ANA MARIA.- También tú, ¡podías decirlo todo de
una vez!.

(Nerviosa)

JORGEJ- El vecino de arriba nos va a poner a caldo.

CATALINA.- Y os burlábais de mi remordimiento. A mí
no me engaña el corazón. Que pase el doctor
ese.

ANA MARIA.- Mira, Cata. Recíbelo tú. ¿Quieres?.

JORGEZ/- Tú no confíes nada.

CATALINA.- En broma, no es como en serio. Veremos

si sirvo para el melodrama

(Salió Horacio.- Ahora salen Ana María y Jorge y, a poco, entra HORACIO precediendo a PABLO que lleva una mano en la espalda)

Era demasiado fuerte y había resultado demasiado bien.

(Al ver a Pablo)

Doctor... Pase si gusta.

(Vase Horacio)



PABLO.- ¿La señorita de Medrano?.

CATALINA.- Estoy autorizada para recibirle en su nombre.

PABLO.- Busco al arquitecto. Pero, ante todo, señora, el cartero se ha equivocado y echó por debajo de la puerta una postal que es para ustedes.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

(Mostrando un lenguado)

CATALINA.- ¿Qué porquería es esa? ¿Un lenguado?.

PABLO.- Aquí lo dice: "Ana María Medrano. Alta costurera."

CATALINA.- Pero.. ¡este es el sello de la casa!.

¡Horacio!.

(Entra este)

PABLO.- ¡Ah! ¿Son los tarjetones de propaganda?

¡Benita idea en estos tiempos!.

HORACIO.- (Toando el pescado)

Es el alimento para Adolfina. Un legado del señor Morales, que sin duda a estas horas habrá dejado de existir.

CHUCHITA.- (Apareciendo en la puerta)

¿Qué dice este hombre?.

CATALINA.- ¿Usted?.

PABLO.- Entraste antes de tiempo.

CATALINA.- ¡Qué alegría me da!.

PABLO.- ¿Lo ves?.

(Chuchita, entre tanto, habla con Horacio)

HORACIO.- Lo decía en el supuesto de que usted se hubiera suicidado. Por lo visto, el cadáver aparecido no tenía un lunar... aquí.

(Marcándolo sobre ella)

PABLO.- Chuchita, ¿tú tienes un lunar ahí? ¿Y este hombre lo sabe?.

HORACIO.- Yo, señor... Es vox pópuli.

(Saluda y se va)

CATALINA.- Su pobre amigo, queriendo indentificarla.

CHUCHITA.- ¡Mi pobre amigo!. El amigo... ¡de usted!

CATALINA.- Señorita... Yo tengo aspiraciones más altas.

PABLO.- ¡Ah! ¿De modo que no?. ¡Qué lástima!. Mi gozo en un pozo.

CHUCHITA.- No la creas, Pablo. Lo que ocurre es que ella es casada y le teme a la publicidad. Y que Remigio - ya lo has visto - no repara en lunar más o menos.

CATALINA.- Soy tan soltera como usted. Es decir, más que usted.

CHUCHITA.- Remigio, ante todo, sólo de oídas conoce mis lunares. Y ese dé aquí... ¡no existe!. Lo he inventado yo para intrigarle.

CATALINA.- Señorita, no me interesa nada de eso. Y una vez que se halla usted viva y se ha convencido de que el arquitecto no es mi amante...

CHUCHITA.- Yo no estoy convencida.

PABLO.- Y yo no querría convencerme. ¡Era tan bonito!. Usted le amaba a él. El la amaba a usted. Nosotros nos amábamos...

CATALINA.- ¿Cómo dice?.

PABLO.- Nada, nada. Perdone. Me he puesto, sin querer, a conjugar el verbo.

CATALINA.- De modo que usted supone, señorita...

CHUCHITA.- No supongo, lo he visto con mis propios ojos, con estos mismos que han llorado a Remigio... como si se hubiera muerto. ¡Adiós, Remigio!.

PABLO.- ¿Ha visto usted qué pena?.

(Con cara sonriente)

CATALINA.- Doctor, ¿quiere usted dejarnos?. Siente la pena con una sonrisa tan ingenua...

PABLO.- Las dejo; las dejo. ¡Arriba estoy!. Chuchita... cumple como buena. Ante todo, ¡acuérdate de tu corazón!. Remigio es tu amor primero

CHUCHITA.- Fué mi único amor...

PABLO.-. Hasta ahora.

(Haciendo mutis)

¡Hasta luego!.

CHUCHITA.- ¿Cree usted imprescindible esta explicación?.

CATALINA.- Necesito descargar mi conciencia.

CHUCHITA.- ¡Ah, vamos!.

CATALINA.- Cuando usted entró arriba, yo representaba un papel.

CHUCHITA.- ¿Por qué no me lo dijo?.

CATALINA.- Ese es mi único pecado. Pero, confesando lo que pasaba, producía el fracaso de una broma.

CHUCHITA.- ¿Vale más una broma triunfante que una vida rota?.

CATALINA.- Yo le juro, señorita...

CHUCHITA.- No es necesario que se violente. He renunciado a él.

CATALINA.- Pero reflexione...

CHUCHITA.- Hace hora y media que intento apartar de mí la imagen de Remigio.

CATALINA.- Todo el mundo le demostrará que no la engañó.

CHUCHITA.- ¿Todo el mundo?.

CATALINA.- Mis amigos.

CHUCHITA.- ¡Claro!.

CATALINA.- ¡Qué testarudez!.

CHUCHITA.- Creo lo que veo, nada más. Me he dado cuenta del papel que me destinaban para siem-

pre: el de pantalla de sus amores clandestinos, inconfesables, adúlteros. Y ¡eso no!. Mi repertorio del Español es todo él para familias honorables.

(No hay que advertir que Chuchita presta a sus lamentos y apóstrofes un tono de actriz en ensayo, amanerada y patética hasta en los conceptos más triviales)

¿Pantalla? ¡Nunca! ¡Adiós, Remigio!.

CATALINA.- No quisiera ofenderla; pero... no veo por ninguna parte los atractivos de su novio.

CHUCHITA. † ¡Alto!. ¡Eso, no!. Conozco la táctica de los chalanos: rebajar la estampa de la hermosa bestia para comprarla a cualquier precio. Si Remigio no fuese un brillante, no me lo habría usted robado. ¡Ah, Dios mio!. Le debo las más dulces horas de mi vida y también las más dolorosas. ¡El merengue y el ajeno de mi existencia! Pero ya no es posible. ¡Hágale feliz!. ¡Señora, por favor, no pierda de vista su salud!. El es caprichoso, imprudente: no le deje probar ^{los} cangrejos de río: ¡le caen muy mal!.

(Entran LORENZO y REMIGIO, este estornudando ruidosamente)

CATALINA.- ¡Ay!.

LORENZO.- Aquí estamos.

REMIGIO.- ¡Ah, Chuchita, Chuchita!.

(Yendo a abrazarla)

CHUCHITA.- ¡Aparta!.

REMIGIO.- Cuando hemos llegado al Depósito, ya no estabas allí.

(Estornuda)

HORACIO.- (Entrando)

La señora inquiera si va a durar mucho la conversación.

CATALINA.- (A Lorenzo)

Ve a tranquilizarla. Todo está arreglado.

(Mutis Lorenzo y Horacio)

REMIGIO.- ¡Al fin Chuchita, Chuchita!. Ya te habrán explicado; ya habrás comprendido...

CATALINA.- No quiere comprender nada.

REMIGIO.- Yo te juro, Chuchita, por lo más sagrado..

CHUCHITA.- Puedes jurar cuanto quieras para consolarme, pero yo no he venido a ser convencida con arreglo a vuestros deseos. He venido a ceder mi puesto, sin historias.

REMIGIO.- ¡Y no sabes, querida mia, que yo me río de esta mujer; que la envío al diablo?. Perteneces a la terrible especie que detesto: la mujer elegante, segura de sus encantos y demasiado preocupada por complacer para tener tiempo de amar.

(Estornuda)

CHUCHITA.- ¡Oh!. Estoy segura de que ella no te quiere; y te compadezco.

REMIGIO.- No te preocupes por mí; soy impermeable a sus atractivos. Una mujer capaz de hacer el papel que hizo, no puede jamás ser sincera ni humana.

(A Catalina)

Usted es una muñequita llena de ideas artificiales y animada por sentimientos falsos. ¡Ni más ni menos!.

(Estornuda)

Todo en usted es mentira y truco. Sus ojos podrán verte lágrimas; abrazáis fácilmente; pero no os entregáis jamás. Un bonito cuerpo con un alma despreciable; ¡un lindo rostro

que encubre los más odiosos pensamientos!.

(Estornuda. Remigio se ha vuelto hacia Catalina, olvidando a Chuchita. Esta se siente postergada y le corta)

CHUCHITA.- ¡Calla! ¡Calla!. ¿No ves que me ofendes?. Quieres convencerme y le haces una escena de amante celoso. ¿Qué veneno te dió para que la ames tanto?.

REMIGIO.- Pero si yo la odio, mejor dicho, la desprecio.

(Estornuda)

¡La he conocido apenas hace una hora!.

CATALINA.- ¿Lo oye?.

CHUCHITA.- ¡Claro! ¿Y cómo sabes tanto de ella?.

CATALINA.- ¿De mí?.

CHUCHITA.- ¿Cómo te consta que abraza fácilmente?.

CATALINA.- ¿Yo?.

CHUCHITA.- ¡Pobre Remigio! Eres un mal cómico.

(El la mira atontado y estornuda)

¿Por qué intentais los dos convencerme?. Porque necesitais una pantalla.

CATALINA.- Señorita: ¡es demasiado!.

CHUCHITA.- Pues, por lo menos, unas gafas ahumadas.

REMIGIO.- Lo que yo necesito...

(Estornuda)

... es una aspirina.

CATALINA.- Renuncio a convencerla. Pero sí le juro no volver a verle.

CHUCHITA.- Es usted muy capaz.

CATALINA.- Entonces...

CHUCHITA.- Le pido que no deje de verle ni un día.
¿Quién le cuida, si no?. Y, sobre todo, en la
cervecería.

(Asombro de Remigio)

Un cangrejo de río es para él una bomba.

(Remigio está loco)

¡Adiós, Remigio!.

REMIGIO.- No te vayas así, amor mio. Sube a casa.
Pablo estará al llegar. ¡Que me mande el pulverizador!.

CATALINA.- Suba usted con ella.

REMIGIO.- ¿Con ella? ¡Ca!. Usted y yo, señora, tenemos que ajustar cuentas.

CHUCHITA.- No disimules. Bien sé que para ella...
¡eres un bibelat!.

CATALINA.- ¿Quién la entiende a usted?.

CHUCHITA.- ¡Enigma! ¡Enigma!. ¡He ahí la verdad!.

La vida de nuestra vida no es la razón de vivir, sino la vida de la razón; porque la razón de la vida es vivir en la muerte. ¡Adiós, Remigio}.

(Sale)

REMIGIO.- (Después de mirarse con Catalina queriendo traducir el camelo filosófico de Chuchita)

Comprenderá usted que esa cabeza no rige.

CATALINA.- Caballero: estoy arrepentida sinceramente. Es preciso que vaya a convencerla de que usted la quiere todavía.

REMIGIO.- Inútil, señora. Ella no me quiere a mí.

¡No me ha querido nunca como yo a ella!.

CATALINA.- Está usted equivocado.

REMIGIO.- (Estornuda)

Estoy constipado, sencillamente.

(Suena un tiro dentro)

CATALINA.- ¡Horror!.

REMIGIO.- ¡Chuchita! ¡Chuchita!.

(Sale corriendo)

CATALINA.- ¡No es posible!

(ANA MARIA, JORGE y LORENZO entran curiosos y alarmados)

JORGE.- ¿Qué ha sido?

ANA MARIA.- Ve a ver... En el recibimiento.

(Los dos hombres van a salir cuando por la puerta, abierta por Horacio, entra REMIGIO trayendo en brazos el cuerpo inanimado de CHUCHITA. Los dos hombres van a ayudarlo; pero Remigio los rechaza con la mirada)

REMIGIO.- ¡Les prohíbo tocarla!

(La coloca sobre el diván, pasando ante Catalina)

Bien, señora: ¡tuvo la farsa un bello desenlace!

CATALINA.- ¡No, por Dios! ¡Se lo suplico!. ¡Jamás pude pensar en esto!.

JORGE.- ¡Hay que llamar a un doctor!.

ANA MARIA.- ¡Telefonead al mío!.

REMIGIO.- No. Pablo, mi amigo. En casa estará.

ANA MARIA.- ¡Horacio!.

JORGE.- Voy yo.

(Sale)

REMIGIO.- ¡Chuchita! ¡Chuchita!. ¡Mi vida!... Responde-me.

(Catalina va a aproximarse al diván donde está Chuchita, pero Remigio la detiene)

¡No se acerque, señora!.

ANA MARIA.- (Nerviosa, sin saber lo que dice)

¡Horacio!. Un frasco de alcohol, un tarro de sales, una jofaina, vendas, gasas... No sé...

HORACIO.- Bien, señora.

(Sale)

LORENZO.- ¿Respira?.

REMIGIO.- Algo.

ANA MARIA.- ¡Ah! También respito yo...

(A Catalina)

Ven, Catalina: ¿tú te encuentras mal, verdad?. Siéntate. Sin duda no está herida más que ligeramente; su mano tembló y se desvió el disparo. Yo tuve una cliente que quiso hacer lo mismo; sólo que ella prefirió el veronal. Figúrate que equivocó la dosis... y eso la salvó. Muchas veces, por querer hacer las cosas mejor... Es lo que ocurre con los trajes...

CATALINA.- ¡Calla!.

(Ha entrado PABLO, con su estuche de cirugía en la mano, acompañado de JORGE. Va directamente al diván y da antes unas ca-

riñosas palmadas en la espalda a Remigio)

PABLO.- Déjame, querido.

REMIGIO.- ¡Sálvala, Pablo!,

(Pablo examina la herida. Vuelve la cabeza y dice)

PABLO.- Agua oxigenada.. Una jofaina. ¿Tienen algo-dón?.

ANA MARIA.- Ya lo traen, doctor.

(A los demás)

Está bien este doctor. Le buscaré clientes.

JORGE.- Ya le has proporcionado ésta.

(HORACIO, ha traído en una bandeja, algodón, jofaina, frascos, etc. Remigio ayuda a Pablo como puede. Los demás esperan el diagnóstico, mientras que Catalina parece abrumada)

LORENZO.-¿Qué le parece, doctor?.

PABLO.- Quiso darse en el corazón; pero, afortunadamente, la mano tembló y ...

ANA MARIA.- ¿Qué te dije antes, Catalina?.

CATALINA.- (A Pablo)

¿Y es leve o grave?.

PABLO.- Aun no puedo decir nada definitivo.

LORENZO.- ¿Pedimos una ambulancia?.

PABLO.- Si no les importa dar publicidad a esta...

tragedia...

ANA MARIA.- La llevaremos a la clínica de mi médico, que es persona discreta. Yo corro con los gastos.

REMIGIO.- Con estos pequeños gastos, ¿eh?. Ya quiere usted rebajarme la indemnización.

(Estornuda)

ANA MARIA.- Yo lo ofrecía de buena fe.

REMIGIO.- Si usted piensa arreglarlo todo con quince céntimos, está muy equivocada. ¡Esto vale millones!.

JORGE.- Perdóneme que intervenga; pero su amenaza...

REMIGIO.- Usted, ¡a cuidarse de su señora!.

(Por Catalina)

JORGE.- Soy el abogado de Ana María.

REMIGIO.- Otra bromita, ¿eh?. Acabó el vodevil y ahora estamos en pleno drama. Usted... ¡a su género!.

LORENZO.- Vámonos de aquí.

JORGE.- Será mejor.

PABLO.- (Que no ha dejado de atender a la herida)

Necesitaría desnudarla.

JORGE.- Entonces nos quedamos.

ANA MARIA.- Llévenla a mi alcoba.

REMIGIO.- ¡No! ¡Arriba!. Digo: si puede ser.

PABLO.- No hay inconveniente.

JORGE.- Ayudaremos a llevarla.

REMIGIO.- Les he prohibido acercarse a ella. ¿No hicieron ya bastante?.

CATALINA.- Comprendo, señor mio, su dolor. Tengo conciencia de mi responsabilidad y estoy dispuesta a arrostrarla; pero no vea ahora en nosotros más que unos amigos..

REMIGIO.- Amigos, ¿eh?.

(Estornuda)

CATALINA.- Unas gentes que sólo desean ayudarle.

REMIGIO.- No necesito a nadie. No quiero nada.

(Estornuda)

¡Ni un sello!.

(Ayudado por Pablo, toma en sus brazos a Chuchita que comienza a pronunciar palabras ininteligibles)

¡Si, Chuchita, soy yo! No temas...

(Estornuda)

Esto no es nada.

(Estornuda)

¡Nada!

(Con un estornudo definitivo, salen Pablo y el, quedando Catalina y Ana María consternadas y Lorenzo y Jorge perplejos)

ANA MARIA.- ¡La oca! ¡El bridge! ¡El mus!. ¿Quereis una copa?

(Sirve licores)

CATALINA.- No es cosa de juego.

LORENZO.- ¡No! Este se lleva algo.

JORGE.- Y algo importante.

CATALINA.- Si con dinero pudiese anudarles esas vidas rotas...

ANA MARIA.- Mujer: una vez resucitada la interfecta... Me he quitado cinco años y un día. ¿No es así, Jorge?

JORGE.- Creo que te has quitado más; pero la cosa es para preocuparse. Un abogado que interviene en bromas que acaban en suicidios... ¡Hum!. Temo por mi bufete.

ANA MARIA.- Y¿no crees que yo, en cambio, puedo aumentar la clientela?

JORGE.- Rebajando precios.

ANA MARIA.- ¡Ah, no!. Yo no trabajo "a populares".

JORGE.- Debías avisar a tu médico, mientras yo prevengo al Juez de guardia.

(Tomando el teléfono)

ANA MARIA.- Sí, sí... Ven, Cata. He aquí la utilidad de tener dos aparatos. Le telefonearemos a Aramendi desde mi cuarto.

(Salen Ana María y Catalina)

LORENZO.- (A Jorge, que ha marcado un número)
¿Tú lo ves tan negro?. Es un chantaje de menor cuantía.

JORGE.- "Oiga.. ¿Navascués?. Soy Jorge Roldán..."
¡Crac! Se ha cortado.

LORENZO.- ¡Naturalmente!. Ana María tiene dos teléfonos... conmutados.

(Se oye un fuerte estornudo y aparece REMIGIO pulverizándose las fosas nasales)

REMIGIO.- ¿Ustedes gustan?. Digo: perdón. Es un instante. El bolso de la difunta.

JORGE.- ¿Cómo?.

REMIGIO.- Entiéndame usted; de la presunta, he querido decir.

(Jorge le da el bolso de Chuchita que que-

dó en el diván. Remigio va a salir cuando, de repente, se sienta en una butaca, presa de un desvanecimiento)

Pardónenme, un mareo.

JORGE.- Es comprensible.

LORENZO.- Con tantas emociones...

(Se le acercan)

REMIGIO.- (Estornuda)

¡Y que tengo un gripazo!.

(Acciona el pulverizador; pero, encañonado al revés, nebuliza a los otros)

LORENZO.- ¡Caballero!.

REMIGIO.- ¡Ah, sí! Perdón. El enfermo soy yo, ¿verdad?.

(Se pulveriza)

JORGE.- ¿Y... la enferma?.

REMIGIO.- Mejor. Va reaccionando. Pablo va a hacerle la cura. Yo estaba tan nervioso... que me ha pedido que le deje. Si yo fuera como ustedes... habría exagerado la gravedad para perjudicarles.

JORGE.- No nos opondremos a una indemnización razonable.

REMIGIO.- ¿Y discreta?. Prefiero el proceso escan-

daloso.

LORENZO.- ¿Chantage?.

REMIGIO.- ¿Cómo chantage?. ¡Chuchita no tiene un agujero en la piel?. A mí, ¿no me han privado para siempre de una dote de millón y medio y de un cariño que valía...? ¿Quién lo tasa?. ¿Quién? ¿Ustedes se atreven?. ¡A ver! ¡A tasarlo!.

JORGE.- El hueco de un cariño se tapa con otro.

REMIGIO.- ¿Y dónde está?.

CATALINA.- (Que entra)

¡Ah! ¿Otra vez usted? ¿Cómo sigue?.

JORGE.- Mucho mejor, tranquilízate.

CATALINA.- La que está ahora inquieta es la pobre Ana. Habló con su médico, y como es forense...

JORGE.- Pues, ¿qué le ha dicho?.

LORENZO.- Vamos a ver, Jorge.

JORGE.- Y no olvide usted mi consejo: ¡un clavo saca otro clavo!.

(Lorenzo y Jorge salen)

REMIGIO.- (Se sirve una copa de licor)

Con permiso. Estoy... que no me tengo.

CATALINA.- ¡Pobre!

REMIGIO.- ¿Ironía?

CATALINA.- Respetuosa compasión.

REMIGIO.- Entonces... me sirvo otra copa.

CATALINA.- Chuchita... ¿está fuera de peligro?

REMIGIO.- Salvo complicaciones.

CATALINA.- ¿Son de temer?

REMIGIO.- ¡Quién sabe!. ¿Lo prefiere usted en italiano? "¡Chi lo sa!".

CATALINA.- No puede usted figurarse lo que pasa dentro de mí. Tengo la sensación de que fui yo quien disparara contra Chuchita. Siento el remordimiento de un criminal.

REMIGIO.- Lo creo.

(Se sirve otra copa)

CATALINA.- ¿Qué podría yo hacer para reparar mi falta?. Siento sobre mí su mirada que me acusa. Usted me odia, seguramente.

REMIGIO.- Ya se lo he dicho.

CATALINA.- Y, sin embargo, no soy la mujer que usted se figura.

REMIGIO.- ¿Cuál de ellas?.

CATALINA.-nNo comprendo.

REMIGIO.- Usted ha representado ante mí la farsa de la mujer embustera; después, apareció la loca; luego, la adúltera, la aventurera... Ahora, la arrepentida... Aclaremos de qué.

(Se sirve otra copa)

CATALINA.- No soy nada de eso.

REMIGIO.- Veremos en los Tribunales qué nueva sorpresa me prepara. A lo mejor, declarará usted que era mi amante y me pondrá en ridículo.

CATALINA.- ¿Por eso?.

(Ligeramente ofendida)

REMIGIO.- ¡A ver!.

CATALINA.- (Otra vez sometida)

Dícteme usted entonces la declaración y yo la firmo.

REMIGIO.- ¿Con el nombre de... Conchita Piquer?.

CATALINA.- Con el mio propio.

* REMIGIO.- No sé cuál es.

CATALINA.- Me llamo Catalina Melín.

REMIGIO.- ¿Melín o Melón?.

CATALINA.- Melín.

REMIGIO.- ¿Quién me lo prueba?. ¿Tiene usted un carnet de identidad?.

CATALINA.- Aquí, no.

REMIGIO.- ¿Lo ve usted?.

CATALINA.- Le aseguro, Remigio...

REMIGIO.- Remigio, eso es; aprenda usted a llamarse de un modo serio.

CATALINA.- Le aseguro que me llamo Catalina Melín, nacida en Zamora, el primero de junio.

REMIGIO.- ¿De qué año?.

(Pausa)

¡Ya no se acuerda!.

CATALINA.- Después del armisticio.

REMIGIO.- ¿El de la guerra mundial o el de la guerra universal?.

CATALINA.- Después del diez y ocho.

REMIGIO.- Aceptado. ¿Es usted casada?.

CATALINA.- No.

REMIGIO.- ¿Tiene algún protector?.

CATALINA.- Ninguno.

REMIGIO.- ¿Y algún... protegido?.

CATALINA.- ¡Bueno, bueno! Dícteme esa carta y dé-

jese de interrogatorios.

REMIGIO.- Prefiero un grog.

CATALINA.- Ya ha bebido bastante. Me parece que es excesivo.

REMIGIO.- ¡Habla usted de excesos!. Tengo escalofríos; tóqueme la mano.

CATALINA.- Es verdad... ¡helada!. Debería usted acostarse.

REMIGIO.- Gracias por el consejo; pero mi cama está ocupada.

(Catalina oprime el botón de un timbre)

A menos que usted me ofrezca ese diván... *U* otro menos cursi.

CATALINA.- Ana María no diseña sus muebles. Solamente los trajes.

(HORACIO entra)

Un grog bien caliente y una tableta de piramidón.

HORACIO.- Bien, señorita.

(Sale)

REMIGIO.- Si tengo una pulmonía doble o triple, de usted será la culpa.

CATALINA.- En cierto modo, sí. Pero yo no le he impuesto que vaya al Depósito en pijama.

REMIGIO.- Me consuela un poquito... ¡Ja, ja, ja!
Al salir de aquí tomamos unbtaxi que había a la puerta, sin advertir que estaba alquilado. ¡Ja, ja, ja!. A la vuelta marcaba quinientas pesetas. Pagó ese tipo que me acompañaba. ¡Ja, ja!. Si no llego a ir en pijama. ¡Tacatá!

(Acción de soltar dinero)

CATALINA.- Echese en el diván. Está usted excitado.

(Suena el teléfono. Catalina que iba a salir, descuelga)

"¡Diga!. ¡Ah! ¿Es usted, doctor?... Nada grave, ¿verdad? ¡Qué alegría!.. Llegué a tener miedo, sí".

(A Remigio)

Pregunta su amigo si va usted a subir.

REMIGIO.- ¿Yo? ¿Para qué? Yo... estoy enfermo.

CATALINA.- (Al teléfono)

"Doctor, el señor Morales está ligeramente indispuerto. Se había echado un poco. ¿Cómo no?".

(A Remigio)

Quiere hablarle.

REMIGIO.- (Al aparato, de mal humor)

"¿Qué pasa, hombre?... ¡Ah! ¿El bolso?. Se me había olvidado... Ahora te lo enviaré... Yo no puedo. Me duele la cabeza. Tengo frío... Me cuidan muy bien aquí... Dile a Chuchita que tenga paciencia. ¡Adiós!"

(Cuelga)

CATALINA.- Debería usted subir.

REMIGIO.- ¿Le estorbo?.

CATALINA.- Lo digo... por ella.

REMIGIO.- Chuchita tiene fiebre... Se excita. Le conviene el reposo.

(Echándose)

¡Y a mí también!.

CATALINA.- ¡Qué egoistas los hombres!.

(HORACIO entra con el grog pedido)

Voy a buscar una manta.

(Catalina sale)

HORACIO.- Primero la tableta, señor.

REMIGIO.- (Cogiendo el tubo y leyendo la etiqueta)

"Dimetil-amino-fenil-pirazolona". ¡Yo no puedo con tanto! El grog es bastante.

(Se bebe el vaso y vuelve a echarse)

¡Formidable!. Gracias, Virgilio.

HORACIO.- Horacio, señor.

REMIGIO.- ¡Ah, sí!. Me hago un barullo entre el
"Beatus ille"... y el "Improvvisum aspris".

(Horacio se va como quien huye de un loco. CATALINA vuelve con una manta, que pone sobra las piernas de Remigio)

Gracias. ¡No me mueva usted, que me mareo!.

Catalina, ¿cuál de las dos es usted?. Veo dos iguales.

CATALINA.- Ha bebido más de la cuenta.

REMIGIO.- Estaré delirando.

CATALINA.- Calle y cálmese.

Remigio, de pronto, se rie dulcemente)

REMIGIO.- ¡Je, je...!

CATALINA.- ¿Qué le hace gracia?.

REMIGIO.- No puedo decírselo. Son pesamientos de un perturbado. Consecuencias... ¡je, je! de haber bebido... ¡je, je!... después de tantas emociones... ¡De la fiebre, acaso!.

CATALINA.- Procure dormirse. Le sentará bien.

REMIGIO.- Con una condición, Cata... ¡je, je!.

CATALINA.- ¿Cuál?

REMIGIO.- Renuncio al Juzgado, renuncio a la indemnización.....

CATALINA.- Usted quizá, pero Chuchita...

REMIGIO.- Yo... ¡a lo mio!. Y lo mio ahora es...

(Entre amoroso y febril)

¿Me da usted un beso?.

CATALINA.- ¡Piense lo que dice!.

REMIGIO.- Hace unos minutos que no pienso más que en su boca.

CATALINA.- Hay arriba una mujer que por usted ha querido matarse.

REMIGIO.- (Con insistencia de niño)

¡Un beso, Catalina!.

CATALINA.- ¿Me desprecia usted hasta ese punto?.

REMIGIO.- ¡Un beso chiquitín!.

CATALINA.- No hay razón para ello.

REMIGIO.- Tampoco la había en mi casa, cuando me besó usted sin pedírselo...

CATALINA.- Entonces fingía estar loca; me burlaba de usted.

REMIGIO.- Siga usted burlándose. Estoy malito, Ca-

ta. Si usted no me complace, no respondo de lo que haré.

CATALINA.- Debe usted ser juicioso.

REMIGIO.- Un beso, nada más, y me duermo. ¡Ande, Catita!. Si el médico me lo hubiera mandado, ¡usted me besaría... cada dos horas!.

CATALINA.- ¿Me promete quedarse luego tranquilo?.

REMIGIO.- Palabra de griposo.

(Catalina acerca sus labios al rostro de Remigio y entra PABLO sorprendiéndolos)

PABLO.- ¡Bravo!.

(Catalina se aparta confusa y avergonzada)

¡Ya veo lo que haces mientras Chuchita está agonizando!.

CATALINA.- ¿Qué?.

REMIGIO.- ¡No exageres, hombre!.

PABLO.- Y usted, señora, ¿tiene vergüenza?.

CATALINA.- ¡Mucha, caballero!.

(Azorada)

PABLO.- ¡Ah, los hombres! ¡Ah, las mujeres!.

REMIGIO.- ¿Discursos ahora? ^(llamando al criado) ¡Homero! ¡Homero!. ¡La pirazolona!.

PABLO.- ¿El bolso? ¡Ya lo veo!.

REMIGIO.- Es verdad. Venías por él.

CATALINA.- Debimos mandarlo.

PABLO.- Son ustedes tal para cual. ¡Inmundos!.

REMIGIO.- No ofendas, Pablo. Estoy febril. ¡Choca esos cinco!.

PABLO.- Estás febril... ¡A mí no me digas!. Merecías

REMIGIO.- ¿Qué merecía? ¡Dilo!.

PABLO.- Ya sabes lo que quiero decir.

REMIGIO.- ¡Pues dilo!. ¿Qué más da un poco antes que un poco después? ¡Dilo, Pablo!.

CATALINA.- ¡Cálmense los dos!.

(A Pablo)

Su amigo tiene calentura.

PABLO.- Ya, ya.

CATALINA.- Ha bebido también. No sabe lo que dice ni lo que hace.

PABLO.- Y usted, por lo visto, también está "mónaca".

(Por bebida)

REMIGIO.- ¡Monegasca, se dice!.

(Entran ANA MARIA, JORGE y LORENZO)

ANA MARIA.- ¿Qué ocurre? ¿Otro drama?.

PABLO.- No, señora. Ahora, más bien, era un final

de película.

(Sale con el bolso de Chuchita)

ANA MARIA.- Pero ¿qué ha ocurrido?.

REMIGIO.- Nada. Tengo que confesarlo. Desde hace tiempo, Pablo está enamorado de Chuchita.

ANA MARIA.- ¿De la novia de su íntimo amigo?. Esto sí que es un drama, un folletín, un... un...
¡Jorge!.

JORGE.- ¡Plántate en dos!.

REMIGIO.- Somos dos vidas paralelas. Le gustan mis libros, le gustan mis corbatas, le gustan mis novias. Pero no se inquiete usted, Catalina.
Renuncio al proceso.

JORGE.- Es usted un hombre razonable.

ANA MARIA.- ¡Y no lo parecía!.

REMIGIO.- ¡Lo habría ganado!. Pero renuncio a todo, por un beso. Es un beso caro, ¿verdad?.

(Cantando el vals antiguo: Quand l'amour meurt)

"Les baisers sont fletris..."

CATALINA.- ¡Vamos! ¡Echese! No sabe lo que dice.

ANA MARIA.- ¿Se ha vuelto loco este hombre?

HORACIO.- (Que entra)

El doctor Aramendi.

(Aparece un señor de aspecto venerable,
con su estuche de cirujano)

ANA MARIA.- ¡Ah, doctor!. ¡Cómo se lo agradezco!.

(Vase Horacio)

DOCTOR.- He venido lo antes posible. ¿Este señor
es el herido? ¿Dónde fué?.

ANA MARIA.- La herida está en el piso de arriba.

DOCTOR.- ¿En la cabeza?.

ANA MARIA.- (Señalando al techo)

En el ático. Yo le acompañaré.

REMIGIO.- ¿Para qué?.

ANA MARIA.- Para curarla. No hay en Madrid mejores
manos que las del doctor Aramendi.

REMIGIO.- ¡Ah, no!.

(Levantándose)

Me opongo. El señor es una persona respetable.
A Chuchita no puede curarla más que mi amigo...
¡que es un títere!.

DOCTOR.- A mí me parece, amiga mía, que quien está
de cuidado es este caballero.

HORACIO.- (Que entra trémulo)

Señora, señora...

ANA MARIA.- ¿Algo más?

HORACIO.- ¡Increíble! ¡Sorprendente!

REMIGIO.- ¿También tú monegasco?

(Penetra CHUCHITA como una exhalación,
llena de salud... y de cólera)

CHUCHITA.- ¡Quietos! ¡Quietos!. ¡Se acabó la farsa!
¡Telón! ¡Fuerte en la orquesta!

REMIGIO.- No cantes, Chuchita.

TODOSZ/- ¿Eh?

CHUCHITA.- Sí, señores. Nos hemos burlado de ustedes.
Donde las dan, las toman. Mi tristeza,
una filfa. Mi suicidio, una farsa.

REMIGIO.- Chuchita, ¡lárgate!

CHUCHITA.- Se lo habían creído, ¿verdad?

CATALINA.- ¡Naturalmente! ¡Oh!

(Desalentada)

CHUCHITA.- Todo iba bien... ¡al pelo!, pero esta vez no ha sido una morcilla, sino... "un beso", lo que ~~me~~ echa todo a perder. No quiero seguir haciendo la desesperada, mientras él hace de seductor y usted de... ¡Bueno!. El papelito de usted

(A Catalina)

¡ho se reparte sin cartilla!

REMIGIO.- Chuchita, ¡modérate!

CHUCHITA.- Cuando Pablo y él me encontraron, yo no estaba desesperada - no entra en mis costumbres - y, cuando me propusieron tomar parte en la comedia de la venganza, no tuve inconveniente, sobre todo, en un papel tan lucido. ¡En mi vida he pescado otro semejante!. Ayudarle a vengarse de ustedes, bueno; pero ¡ayudarle a la conquista de la señora...!

(Por Catalina)

¡Y en mis narices?. ¡Farsante!. Pásenlo bien. Y, si les ha gustado, pueden ir a aplaudirme al Español. ¡Buenas noches!.

(Va hacia dentro)

¡Vamos, Pablito!.

(Sale furiosa y triunfante)

DOCTORZ.- ¿Quién es esta señorita?.

ANA MARIA.- La herida.

DOCTOR.- ¿La herida? ¿En dónde?.

JORGE.- En el amor propio.

DOCTOR.- No comprendo.

ANA MARIA.- Querido doctor, se trata de una afrentosa superchería.

CATALINA.- De una abominable comedia..

ANA MARIA.- Hemos sido engañados y burlados como unos niños chicos.

(Catalina va hacia Remigio que no tiene, precisamente, el aspecto de un vencedor)

CATALINA.- Estará usted contento: ¡su venganza triunfó!.

REMIGIO.- Esa chica es una mala bestia.

CATALINA.- Ahora... sobra usted aquí.

REMIGIO.- Evidente. ¡El besito lo echó todo por tierra!. No me arrepiento.

ANA MARIA.- ¡Qué dice?.

CATALINA.- (Rápida)

¡Hazle salir inmediatamente!.

ANA MARIA.- Tienes razón.

(A Horacio que había permanecido en escena)

Acompañe a este señor fuera.

REMIGIO.- (Va a salir pero sufre un desvanecimiento y cae al suelo)

Discúlpeme. Un mareo.

LORENZO.- ¡No puede tolerarse!.

JORGE.- ¡Es demasiado!.

CATALINA.- Ponedle en la escalera.

(Jorge y Lorenzo se apresuran a cogerlo por los pies, tirando de ellos sin el menor miramiento)

DOCTOR.- Esperen. ¡Un momento!.

CATALINA.- Es un farsante, doctor. Sigue burlándose de nosotros.

(El doctor toma el pulso a Remigio)

DOCTOR.- No, no es farsa.

ANA MARIA.- ¿Está realmente mal?.

(El doctor le ausculta rápidamente)

DOCTOR.- ¿No se ha quejado de nada?. Ayúdenme a ponerlo en el diván.

(Lo hacen así)

ANA MARIA.- Apenas le conocemos.

CATALINA.- Se quejaba de anginas, de grippe. No lo sabía bien.

DOCTOR.- Este hombre tiene una fiebre de caballo. Cuarenta grados por lo menos. A mi juicio, es una pulmonía.

ANA MARIA.- ¡Qué horror!.

REMIGIO.- (Dulcemente)

¡Cata! ¡Catita!.

ANA MARIA.- ¡En seguida! ¡Llévenle a su casa!.

CATALINA.- No hay nadie allí. Habrá que prevenir a sus parientes, a sus amigos...

DOCTOR.- Con esta fiebre no es prudente trasladarlo.

ANA MARIA.- ¡Ay, Dios mio!. ¡Y va a morirse aquí?.

REMIGIO.- A lo mejor, me muero. ¡Qué gusto!.

T E L O N

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

"El mismo decorado del acto anterior. Han pasado unos veinte días.

(Nadie en escena. Suena el teléfono. A poco entra HORACIO que atiende al aparato)

HORACIO.- ¡Halló!... Sí, señorita; muy mejorado!...

Tres días sin fiebre... Todavía no; pero supone la señora que el médico le dará de alta hoy mismo. Ayer se levantó ya cinco horas.

(Pausa)

No lo crea usted. Su aspecto es magnífico...
¡Señora! ¿Qué me dice?.

(Cuelga y hace un gesto significativo de extrañeza)

¡Qué barbaridad!.

JORGE.- (Que entra desde las habitaciones interiores con aire cabalístico)

¡Horacio! ¿Quién preguntaba?.

HORACIO.- Me ha faltado el detalle de averiguarlo.

JORGE.- ¿Era hombre o mujer?.

HORACIO.- Una señora que se interesaba por el enfermo; que se interesaba relativamente, porque

le ha contrariado que esté mejor y que no se le noten los veinte días de enfermedad.

JORGE.- ¡Imbécil! ¿Y no la has identificado?

HORACIO.- Ya le digo al señor que...

JORGE.- No vuelvas a contestar si llama alguien.

Me avisas a mí. ¿Te enteras?

HORACIO.- Sí, señor.

(Suenan el aparato. Jorge abstraído, pasea sin hacer caso del timbre)

JORGE.- Una mujer... Una mujer que oculta su nombre... Diez ampollas... Veinte días con fiebre de cuarenta grados... Que suman ochocientos grados...

HORACIO.- ¡Señor!

(Indicándole el teléfono)

JORGE.- ¿Qué haces aquí, majadero?

HORACIO.- Me he quedado para avisarle al señor que suena el teléfono.

JORGE.- Pues contesta tú.

HORACIO.- Como el señor me ha llamado imbécil...

JORGE.- ¡Ah, sí!; perdona.

(Descuelga el teléfono)

¡Halló!... ¡Yo imbécil?.

(A Horacio)

Toma, que es para tí.

HORACIO.- (Atendiendo al teléfono)

¡Halló!... ¿Don Jorge Roldán?. Acaba de retirarse.

JORGE.- ¡Ah! ¿Es a mí?.

HORACIO.- (Cediéndole el aparato)

Con todos los respetos.

JORGE.- Aquí, Roldán. ¡Ah, Lorenzo!. No te había conocido, hombre... A pesar del cariñoso apelativo... Pues... nada ¡y mucho!. En esta casa

(Al criado)

¡Vete, Horacio!.

HORACIO.- Sí, señor.

(Mutis)

JORGE.- En esta casa... ¿Me oyes?.

(Baja la voz)

En esta casa se está cometiendo un asesinato con la cámara lenta... ¡Como lo oyes!.. No, no son obsesiones de criminalista.

(Bajando más la voz y gesticulando la frase)

¡Tengo pruebas!... No, no vengas, que puedes

levantarme la zaza... Pues, precisamente, porque eres un perdiguero... Sospecho de... Perdona, pero no te lo digo... No, no.. ¡Ni por veinte mil!. Ya lo leerás en los periódicos y verás mi retrato de tamaño natural. Adiós; alguien llega. ¡Adiós!.

(Cuelga el aparato)

CATALINA.- (Que viene de la calle)

¿Tú aquí tan temprano?.

JORGE.- ¡Psch!.

CATALINA.- ¿Sabes cómo está Remigio?.

JORGE.- Estupendo. Pero tú, ¿no le has velado esta noche, como de costumbre?.

CATALINA.- Sí; pero desde las cinco a las nueve... ¡cuántos cambios puede dar un enfermo!.

JORGE.- Da muchos más un cobrador del tranvía.

CATALINA.- Desde luego.

JORGE.- Catalina; tú eres de confianza y, en veinte días, no te has separado del enfermo más que breves horas.

CATALINA.- Cumplía un deber. Ese hombre enfermó por mi culpa. No me habría perdonado su muer-

te, que ya sabes cómo le ha rondado.

JORGE.- Sé que le ha rondado la muerte, y sé más: que enfermo, lo que se dice enfermo, no ha estado ni un sólo día.

CATALINA.- ¡Vaya rompecabezas!

JORGE.- Como te lo cuento. Tú eres una muchacha buena y formal, te has interesado por el huésped de Ana María y por su vida preciosa como una hermana de la Caridad. Tú puedes ser aquí mi única colaboradora.

CATALINA.- ¿Colaboradora?

JORGE.- Está dicho.

CATALINA.- Pues, tú me dirás. Pero, antes, perdona.

(Llama a un timbre)

JORGE.- Tenemos que estar solos.

CATALINA.- Precisamente.

(Entra HORACIO)

¿Cuántos desayunos le han servido al señor Morales?

HORACIO.- Cuatro.

CATALINA.- Está bien; prepárele el quinto. Rosbif, mermelada, café con leche y dos plátanos.

HORACIO.- Perfectamente.

CATALINA.- ¡Ah! Rocíele el rosbif con jugo de carne.

JORGE.- ¿Cómo?

CATALINA.- Ya sabes que el rosbif es carne sin jugo.

(Sale Horacio)

JORGE.- ¿No crees que cinco desayunos en cuatro horas...?

CATALINA.- Digiera las piedras. Y, gracias a este tratamiento, ha soportado veinte días a cuarenta grados.

JORGE.- Que son.. ¡Qué tontería!. Se me ha metido en la cabeza multiplicar los días por los grados.

CATALINA.- Me parece que tienes la cabeza llena de tonterías.

JORGE.- Pero donde menos se piensa... Veamos. ¿Por qué motivo el doctor Aramendi abandonó al enfermo desde el segundo día?

CATALINA.- Porque, según él, no se trataba, como supuso, de una pulmonía, sino de un ligero ataque gripal.

JORGE.- Sin embargo, aquella misma noche... ¡cua-

renta grados y dos décimas!.

CATALINA.- En efecto.

JORGE.- Ana María y el doctorcito ese que le asiste se negaron a que volviese el viejo doctor.

CATALINA.- Cada cual tenía sus motivos: Pablo es un amigo fraternal de Remigio, conoce su naturaleza como nadie, necesita éxitos..

JORGE.- ¡Y si el enfermo hubiera fallecido?..

CATALINA.- ¡Calla! ¡Qué horror!.

JORGE.- El éxito habría sido mediano.

CATALINA.- Desde luego; no lo quiero pensar.

(Sentimental)

¡Remigio!. Habrías sido en mi recuerdo un tren que pasa... ¡Un sueño! ¡Viejo celuloide!

JORGE.- (Sorprendido del tono de su amiga)

¡Catalina!.

CATALINA.- Estoy enamorada como una loca. Pero todo acabó. Mañana, pasado mañana todo lo más... se volverá a su estudio. Se reconciliará con Chuchita, aunque ni un sólo día ha venido a verle esa... Mesalina meritoria. Pero, ¡qué más da!. Viva la gallina y viva con su Mesalina.

JORGE.- Con esto no contaba, pero en verdad que estuve acertado al erigirte en colaboradora.

CATALINA.- Ya no me acordaba. Sepamos, Jorge, en qué puedo colaborar contigo.

JORGE.- (Misteriosamente)

A Remigio... ¡se le ha querido asesinar!.

CATALINA.- ¡Eso sí que es celuloide fiambre!.

JORGE.- Nada de películas: ¡realismo del más caro!.
¿Era Pablo Muñiz?.

CATALINA.- ¿Su íntimo amigo?.

JORGE.- Extraño, pero no imposible. Comprenderás que la raíz yo no la tengo de adorno.

CATALINA.- No es para presumir, aunque las hay menos aquilinas.

JORGE.- Si no era Pablo Muñiz... ¡siéntate!. ¡Era Ana María!

(Catalina se rie a carcejadas)

¡Ana María!. ¿Quién puso a Remigio en manos de un médico sin experiencia?. ¿Por qué?.

CATALINA.- Muy sencillo: porque Aramendi cobra las visitas a veinte duros y Pablo no le lleva nada. No olvides que Ana María se comprometió a correr con todos los gastos del enfermo.

JORGE.- Que, al asistirle su amigo, se convierten en cero. ¿No?. Luego es interesada. Luego ha podido pretender que Remigio desaparezca.

CATALINA.- ¡Para heredarle!.

(Se ríe estrepitosamente)

JORGE.- ¡Para salvar su araña!.

(Señalándola)

CATALINA.- Pablo será un médico sin experiencia, pero tú eres un criminalista con una imaginación infantil.

JORGE.- ¡Infantil?... Pues... ¡mira!.

(De todos los bolsillos de la americana empieza a sacar estuchitos de cartón, hasta diez de distintos tamaños, aunque todos apropiados para contener una ampolla cada uno. Los va leyendo conforme los muestra)

Dos mil millones. Cinco mil millones. Once mil millones. ¡De microbios!. No vayas a creer que son empréstitos de guerra.

CATALINA.- Pero ¿dónde has encontrado esto?.

JORGE.- En la gramola. Vacuna antitífica. Vacuna antiestafilocócica. Vacuna antitetánica. Vacuna antiestreptocócica... Y así, hasta diez. ¡Todo esto se le ha inyectado a ese pobre hom-

bre en quince días!. Comprenderás que, al lado de su organismo, un campo de batalla parecerá un parque de espectáculos. ¿Qué dices ahora, mujer incrédula?.

CATALINA.-

(Buscando una explicación tranquilizadora)

Todos estos medicamentos son preventivos e inmunizadores de graves dolencias.

JORGE.- ¡Claro!. Pero todos ellos producen fiebres de caballo.

CATALINA.- ¿De caballo?.

JORGE.- De cuarenta para arriba.

CATALINA.- No te calientes la cabeza.

(Hace un medio mutis)

JORGE.- ¿Dónde vas?.

CATALINA.- A tirar los envases.

JORGE.- ¡Alto! Vengan aquí. Esas son las pruebas del crimen frustrado y quiero ver qué cara pone el criminal ante los cuerpos del delito.

(Vuelve a guardarse los estuches)

CATALINA.- Sin causa, no hay crimen.

JORGE.- Al revés: sin crimen, no hay causa. Y yo necesito una causa sensacional para que todo

Madrid me conozca.

CATALINA.- Con este crimen no te conoce ni la familia.

JORGE.- ¡Silencio!. El cadáver.

(Entra REMIGIO en bata)

REMIGIO.- Buenos días.

JORGE.- Buenos días, Morales.

CATALINA.- ¿Por qué se ha levantado usted?.

REMIGIO.- Porque me ha dado la gana.

CATALINA.- ¡Muy fino! ¿Verdad, Jorge?.

REMIGIO.- Muy fino o muy gordo, pero francamente sincero. ¿Dónde está la dueña de la casa?.

CATALINA.- Salió temprano.

REMIGIO.- A usted no le pregunto, señorita.

CATALINA.- Contéstale tú.

JORGE.- ¿Y cómo voy a contestarle, si no sé adónde ha ido?.

CATALINA.- Ha ido al taller.

REMIGIO.- Me tiene sin cuidado adónde haya ido. ¿No está? Pues... ¡basta!. ¿No le puedo decir que el quinto desayuno se lo tome ella?. Pues, tómesele usted, señorita.

CATALINA.- ¡Eso sí que no!.

REMIGIO.-

(A Jorge)

¿Se entera usted, señor?. Ella no se puede tomar ese desayuno, que será el primero. Calcule usted, caballero, lo que le diría a usted si, en cuatro horas, hubiera desayunado cuatro veces.

CATALINA.- Lo que yo decía.....

REMIGIO.- ¡A mí no me interesa!.

(Catalina está a punto de llorar)

Le aseguro a usted, caballero, que no lo rechazo por falta de apetito; que me pongo a leer y me como los párrafos. Pero hay que hacer la digestión y yo no puedo digerir en taquigrafía.

CATALINA.- Está usted débil.

REMIGIO.- Y a usted, ¿qué le importa?.

CATALINA.- ¡Basta, caballero!. Es usted un mozo de cuerda.

REMIGIO.- Eso le demostrará que no estoy débil.

CATALINA.- ¡Oh!.

(Yéndose frenética)

REMIGIO.- ¡Nada: que me trae el desayuno!.

JORGE.- Amigo mio: tendrá usted razones para tratar a su enfermera con tales modos.

REMIGIO.- Si usted fuera un hombre discreto, se las confiaría, porque estoy deseando decírselo a alguien.

JORGE.- Soy abogado y vivo de los depósitos de confianza.

REMIGIO.- Pues bien, caballero: a Catalina, a ese ángel de abnegación que me ha cuidado noche y día como una esposa, ¡como una santa!, la trato a baqueta, porque me he enamorado de ella como un...

JORGE.- ¿Como un Romeo?. ¿Como un Abelardo?. ¿Como un Paolo?.

REMIGIO.- (Que ha hecho con la cabeza tres denegaciones)

Déjese de eufemismos: ¡como un bestia!.

JORGE.- Se nota, caballero.

REMIGIO.- Exaltado por la fiebre, le he dicho conceptos apasionados, requiebros preciosos, que yo los oía al pronunciarlos y me admiraba de mí mismo. ¡Ríase usted de los poetas más famosos!.

JORGE.- Es mi costumbre. Yo, con los poetas, me troncho de risa.

REMIGIO.- Pues igual le ocurre a esa joven. Ella escuchaba mis declaraciones románticas y se reía como una loca. Vea por qué ahora tengo que convencerla de que todo aquello eran delirios de mi mente calenturienta. Porque si ahora, en fresco, se ríe de mi amor... ¡aquí no queda un mueble sano!.

JORGE.- ¿Y no se reiría de gusto, de satisfacción, de alegría?.

REMIGIO.- (Ilusionado)

¿Usted cree...?

JORGE.- Yo no creo nada, caballero. Además, sería inútil. Si no recuerdo mal, usted está en relaciones con Chuchita.

REMIGIO.- ¡Cállese usted, hombre!. Este inconveniente lo suprimo yo de un tajo.

(Se acerca al teléfono y marca un número. En un palco de la sala aparece CHUCHITA enfocada por un proyector y contestado por teléfono)

CHUCHITA.- ¡Halló!.

REMIGIO.- (Fingiendo la voz)

¿La señorita Chuchita?.

CHUCHITA.- Al aparato.

REMIGIO.- Señorita: prepárese para recibir una fuerte impresión.

CHUCHITA.- No me alarme, caballero.

REMIGIO.- Deploro comunicarle que su amigo Remigio Morales... ¡se ha muerto!.

CHUCHITA.- ¡Ya?.

(Con naturalidad optimista)

REMIGIO.- (En voz natural)

¿Cómo ya?.

(Tapa el aparato con la mano)

¡Atiza!.

CHUCHITA.- Ya me lo esperaba, caballero. Por el médico de cabecera, estaba al corriente y, aunque ayer había perdido toda esperanza, al fin se ha salido con la suya.

REMIGIO.- ¿Quién?.

CHUCHITA.- El doctorcito.

REMIGIO.- (A Jorge)

¿Usted oye esto?.

JORGE.- ¿Cómo quiere usted que lo oiga?.

REMIGIO.- (Dándole el aparato a Jorge)

Tome: entérese.

CHUCHITA.- (Mientras Jorge toma el aparato)

¿A qué hora ha sido?

JORGE.- (Ya al aparato)

¿Cómo?

CHUCHITA.- Que a qué hora fué el óbito.

JORGE.- Hace un momento.

CHUCHITA.- Pero, ¿con quién hablo?. ¿Es usted el mismo de antes?

JORGE.- No, el de antes se ha muerto.

CHUCHITA.- ¿Se ha muerto también?

JORGE.- Sí, señora. Y a mí me cumple el penoso deber de expresarle a usted mi condolencia más viva por tan inesperado trance. ¡Ah, señorita! No somos nadie. Aquel... todavía joven, lleno de salud y de fortaleza, encanto de su hogar y orgullo de su familia...

CHUCHITA.- Oiga, oiga...

JORGE.- Dígame.

CHUCHITA.- No me coloque usted discos oratorios, caballero. Al que se muere lo entierran; el muerto al hoyo y el vivo al bollo; después del burro muerto...

JORGE.- ¡Basta!. Antes de media hora será usted detenida.

(Cuelga).

REMIGIO.- Hombre, no es para tanto. Después de todo, la cosa no ha podido resultar más fácil. Cuando yo esperaba que se desmayase... ¡Soy un tío de suerte!.

JORGE.- El que es un tío de suerte soy yo.

REMIGIO.- ¿Quiere usted explicarse?.

JORGE.- Bien sabía yo que estaba sobre la pista. ¡El doctorcito!. ¡La novia!. ¡Oh!. La tinta que van a dedicarme los periódicos!.

PABLO.- (En la puerta)

Buenos días.

REMIGIO.- Llegas a tiempo, hombre. Haz el favor de reconocer a este caballero, que se ha vuelto loco.

JORGE.- Loco, ¿eh?. Ahora verá usted lo que es un criminalista experto.

PABLO.- Veamos.

JORGE.- Antes, despache usted la consulta médica.

REMIGIO.- Estoy magnífico.

PABLO.- (Pulsándole)

No tienes fiebre.

REMIGIO.- Nada.

PABLO.- Permíteme.

(Le pone el oído en el pecho)

El corazón... un poco débil. Pero el ritmo es perfecto y no se le nota ningún fallo.

REMIGIO.- Si acaso, a oros.

PABLO.- Tampoco se nota soplo alguno.

REMIGIO.- Haberlo dicho, hombre.

(Le sopla en el cogote)

PABLO.- Bueno...

(Embarazosamente)

Pues... ¡pecho al agua!. Remigio: tengo que hacerte una terrible confesión.

JORGE.- ¿Eh? ¿Hay pupila?

PABLO.- Este caballero...

JORGE.- No se esfuerce usted, señor. Acabo de hablar con su cómplice.

REMIGIO.- No le hagas caso, que está ido.

PABLO.- No creas, que a lo mejor... ¿Con qué cómplice mía ha hablado?.

JORGE.- Con la señorita Chuchita.

REMIGIO.- ¡Figúrate! ¡La pobre!.

PABLO.- Remigio: es inútil seguir callando. Este señor está en lo firme. Yo soy un canalla; pero al mismo tiempo soy un caballero.

REMIGIO.- Explicame ese pequeño contrasentido.

PABLO.- Como médico he sido un perfecto héroe de la ciencia, que te ha salvado la vida.

JORGE.- Por eso no paso.

(Marca un número en el teléfono)

¡Un momento! ¡Halló! ¡Halló! ¡La señorita Chuchita?.

CHUCHITA.- (Como antes)

¡Al aparato!.

JORGE.- El doctor Muñiz va a hablarle.

(Pasándole el teléfono a Pablo)

Pregúntele usted por Remigio.

PABLO.- ¿Qué sabes de Remigio?.

CHUCHITA.- Que se ha muerto.

PABLO.- ¿Cómo que se ha muerto?.

CHUCHITA.- Hace cinco minutos.

PABLO.- ¡Pero si estoy hablando con él!.

CHUCHITA.- Estás hablando conmigo.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PABLO.- Contigo, claro. Contigo y con él.

REMIGIO.- Dale el pésame, hombre, que estará inconsolable.

CHUCHITA.- Yo también he hablado con él. Me ha dado él mismo la noticia de su muerte, fingiendo la voz.

PABLO.- ¿Todavía conoces su voz hasta cuando finge?

CHUCHITA.- Era la voz que usaba para embromar a la vecina de abajo.

PABLO.- ¡Ah, bien! Perdona.

CHUCHITA.- ¿Cómo va eso?

PABLO.- No sé por dónde meterle mano.

CHUCHITA.- Pues... ¡vista y suerte!

PABLO.- ¡Adiós!

(Cuelga)

REMIGIO.- ¿Qué te ha dicho para mí?

PABLO.- Que te alivies.

REMIGIO.- Lo mismo te digo para ella.

PABLO.- Gracias en su nombre.

(Dudoso y azorado)

Remigio: cuando un hombre ve a su amigo predilecto al borde de la fosa... ¡ Ahora he da-

do con la embocadura!

JORGE.- No siga usted, caballero.

(Se saca del bolsillo los estuches).

Dos mil millones. Cuatro mil millones... Once mil millones... ¿Qué hay de esto?

REMIGIO.- ¡La de todos los dementes! ¡Delirio de grandezas!

JORGE.- Todos estos miles de millones se los han metido a usted en el cuerpo.

REMIGIO.- ¡Vaya! ¡Vaya!

(Marcando en el teléfono)

PABLO.- ¿A dónde llamas?

REMIGIO.- ¡Al manicomio!

PABLO.- (Examinando los estuches)

¡Quieto!

(A Jorge)

¿Está usted seguro de que a Remigio se le han inyectado todas estas vacunas?

JORGE.- ¡Pues claro!. ¿Qué otra explicación tienen sus terribles calenturas que usted fingía no saber cómo explicarse?

PABLO.- Ahora es cuando me las explico.

REMIGIO.- ¡A ver, a ver?.

(Examina los estúches)

Antitetánica, antitífica, antiestafilocócica,
anti... ¡antipático!.

(A Pablo)

PABLO.- Yo no te he prescrito esas vacunas.

REMIGIO.- ¡Ah, no?.

PABLO.- Yo no he mandado que te pongan inyección
alguna.

JORGE.- ¡Ah, no? Luego se las ha puesto usted su-
brepticiamente... ¡Claro!.

PABLO.- ¡Basta, señor!. Yo, como médico, soy un
caballero, aunque sea un canalla como amigo.

REMIGIO.- ¡Como amigo?.

PABLO.- Sí, amigo mio. Siéntate, cálmate, no te
acalores... Chuchita, justamente agraviada por
tu acercamiento excesivo a Catalina, aquella
tarde fatal de tu caída con esta extraña en-
fermedad... juró solemnemente no ser tu esposa.

REMIGIO.- (Alegre)

¿Qué dices?.

PABLO.- Como lo oyes.

REMIGIO.- ¿Es posible, gran Dios?.

PABLO.- Remigio, calma...

REMIGIO.- Sigue.

PABLO.- Yo hubiera debido aguardar a tu restablecimiento para...

REMIGIO.- ¿Para qué?.

PABLO.- Para reemplazarte como prometido.

REMIGIO.- Eso es verdad. Pero comprendo que, ahora, en seguida se forma una cola y... Al que madruga, Dios le ayuda.

PABLO.- ¿Te estás burlando?.

REMIGIO.- Hablo en serio. Desde que estoy fuera de peligro, vengo pensando cómo te pagaría la minuta por tu asistencia.

PABLO.- Eso, entre nosotros...

REMIGIO.- Me has devuelto la vida, Pablo. ¿Cómo te la puedo pagar mejor que dándote a Chuchita, que era mi vida entera?. Mi vida es tuya. Te la debo. ¡Para tí para siempre!. Adiós, Pablo.

(Abrazándole)

¡Anda, no te quiten la vez!.

. (Le empuja hasta la puerta y Pablo se va, entre temeroso y asombrado)

Ahora me queda el rabo por desollar.

JORGE.- Caballero, me asombra que deje usted marchar libremente al hombre que ha pretendido asesinarle.

REMIGIO.- No sea usted idiota.

JORGE.- Señor Morales: me ha espachurrado usted el porvenir. Vengan los estuches.

REMIGIO.- ¿Para qué?

JORGE.- Para probar ante el juez el crimen frustrado.

REMIGIO.- Usted perdone, pero los estuches me los guardo yo. Y ahora tenga la bondad de dejarme solo.

JORGE.- ¿Solo?

REMIGIO.- Solo con los estuches. Necesito sondear a Catalina.

JORGE.- Le advierto a usted que ella no tenía ningún interés en matarle, sino todo lo contrario. ¡Me consta!

REMIGIO.- Y yo le prevengo a usted que a mí no me ha inyectado nadie más que Catalina.

JORGE.- No me explico, pues...

REMIGIO.- Pero, ¿no le he dicho a usted varias veces que es usted idiota? Pues créaselo ya de una vez.

JORGE.- Verdaderamente... lo voy dudando.

REMIGIO.- ¡Hala!

(Haciéndolo marchar con un gesto enérgico)

JORGE.- Con muchísimo gusto.

(Mutis. Remigio destapa la gramola y guarda en ella los estuches)

HORACIO.- (Entra en una mesita rodante el servicio del desayuno)

Señor: no hay más remedio. O el señor se toma el desayuno o me despiden. El señor comprenderá que yo, antes de perder la casa, estoy dispuesto a todo. Hasta a tomarme el desayuno y a decir que se lo ha comido el señor con gran apetito, siempre que el señor no me descubra.

REMIGIO.- Está bien, Horacio. No es necesario que te sacrifiques.

HORACIO.- Yo, por la casa y por el señor...

REMIGIO.- Nada, hombre, nada.

(Entra CATALINA y, al verla, Remigio que se disponía a comer, se levanta)

¡Llévate todo esto!

HORACIO.- ¡Señor...!

CATALINA.- (Dulcemente)

Remigio... Está usted débil... ¡Tantos días de fiebre...! Su organismo se ha quebrantado...

REMIGIO.- Por la fiebre, ¿eh?.

CATALINA.- Naturalmente. Ha sido una grippe espantosa.

REMIGIO.- Aunque el célebre doctor Aramendi me dió de alta al segundo día.

CATALINA.- ¿Qué sabe el doctor Aramendi?.

REMIGIO.- Horacio...

(Indicándose que se vaya)

HORACIO.- ¿Sin el servicio?.

CATALINA.- Por supuesto. El señor Morales va a desayunarse por fin.

(Sale Horacio)

REMIGIO.- ¡Por fin!. ¡Ya era hora de que me trajesen el desayuno! Con lo débil que estoy y sin desayunarme... ¡más que cuatro veces!.

(Se sienta)

Me tomaré el café para que no diga usted que

soy un mozo de cuerda.

(Bebe un sorbo, se atraganta y tose)

CATALINA.- ¡Por Dios! ¿Qué le pasa?. ¡Respire!...

¡Remigio!.

(Muy sobresaltada)

REMIGIO.- ¡Nada! Un lapsus faringeo de la infusión.

Yo también me he equivocado de isla. Creí que era Puerto Rico... ¡y es Malta!.

CATALINA.- ¡Me he llevado un susto!.

REMIGIO.- Que un mozo de cuerda desaparezca no tiene importancia. Mientras haya camiones...

CATALINA.- Muy a pecho tomó usted lo del mozo.

REMIGIO.- Por mí... ¡Pelillos a la mar!.

CATALINA.- ¡Qué cambio tan repentino!. Hace un cuarto de hora me trataba usted como a una cocinera.

REMIGIO.- ¿Usted sabe quizá cómo trato a las cocineras?.

CATALINA.- A juzgar por como trata a las buenas amigas...

REMIGIO.- ¿Usted es... una buena amiga?.

CATALINA.- Pablo y yo, somos sin duda, sus mejores

amigos.

REMIGIO.- ¡Qué duda cabe!. Lo que Pablo ha hecho con migo...

CATALINA.- ¡Oh! Qué asiduidad, qué extremos en sus cuidados...

REMIGIO.- Agradecido a Pablo... ¡y a usted!. Porque usted... ¡Lo de usted es muy serio!.

CATALINA.- (Alarmada)

¿Lo mio? ¿Qué es lo mio?.

REMIGIO.- No le ha faltado más que arrullarme con las dulcísimas notas de la Serenata.

CATALINA.- ¡Con lo que a usted le atormenta!.

REMIGIO.- Del tormento al placer, no hay más que un paso. Cuando el tormento acaba, comienza el placer. ¿Por qué no pone usted el disco de la serenatita?.

CATALINA.- Puesto se quedó aquella tarde...

(Va a la gramola y la destapa, tapándola en seguida)

¡Jesús!.

REMIGIO.- ¿Hay ratones?.

(Se acerca a la gramola)

CATALINA.- No. Fué una repulsión instintiva. A us-

ted le irrita esa música y, ahora que de pronto se ha vuelto usted tratable... Porque usted, amigo mio, es el hombre de las cien reacciones...

REMIGIO.- No tantas, no tantas... Yo sólo reacciono... ¡cuando me vacunan!

CATALINA.- ¡Remigio!

REMIGIO.- (Abriendo la gramola)

¡Ahí va la bola!

(Saca los estuches espaciéndolos por el suelo)

¡Dos mil millones de microbios! ¡Cinco mil millones! ¡Once mil millones! ¡Vaya usted sumando!... ¡Se pierde la cuenta!

CATALINA.- ¡Perdón!

REMIGIO.- ¡Perdón, de qué?. ¡Si soy un hombre garantizado por cinco años!. Y, con las inyecciones de anoche... ¡sabe Dios!

CATALINA.- Anoche no fué usted inyectado.

REMIGIO.- ¡Cómo que no, señorita?. Pues ¡menudo calenturón me está entrando!. Deme usted el termómetro.

CATALINA.- ¡De veras?. Ya me temía yo que no esta-

ba usted bueno. ¡Santo Dios!. ¡Otra recaída!.

REMIGIO.- Y sospecho que esta va a ser de latigui-
llo.

CATALINA.- (Dándole el termómetro clínico que
ha extraído del cajón de un mueble)

Póngase el termómetro.

(Remigio se lo coloca en la axila)

REMIGIO.- Mientras sube el mercurio, le ruego que
me explique por qué tenía usted que no estu-
viese bueno.

CATALINA.- Porque, de pronto, me ha hablado correc-
tamente, amablemente, como me hablaba usted
noches pasadas, apenas le empezaba el recargo.

REMIGIO.- Y que el de hoy me parece que va a ser
imponente.

CATALINA.- Desde el primer día de su enfermedad, en
usted había tres hombres distintos.

REMIGIO.- ¿A ver, a ver?.

CATALINA.- ^{uno,} El hombre normal, fresco, hostil a mi
persona. ^{otro,} El hombre de los treinta y siete gra-
dos y tres décimas: amable, cordial, exquisi-
to, finamente sensible...

REMIGIO.- Algo destemplado.

CATALINA.- Nada de eso.

REMIGIO.- ¿No dice usted que tenía tres décimas?.

CATALINA.- Tenía usted tres décimas, pero no lo sabía más que el termómetro. Era usted un caballero encantador. Como ahora

REMIGIO.- Aguarde usted que suba el mercurio.

CATALINA.- No me alarma que suba, sino que baje luego.

REMIGIO.- Usted quiere, sin duda, que reviente.
¡Es usted una amiga!

CATALINA.- ^{El tercero)} ~~El~~ hombre de los cuarenta grados... ¡Ay, perdóneme usted! Era tan agradable, aunque fuese el fruto de un delirio, oír a un hombre apasionado, vertiendo flores en el corazón de una mujer sensible...

REMIGIO.- ^u¡Catalina! ¡Acércate! ¡Mírame larga y profundamente con luces de promesa!. Aunque el día me esté prohibido, adoro al lubricán.

(Catalina comienza a reírse en crescendo, mientras Remigio va alzando la voz para hacerse oír)

Tú nunca me querrás, Catalina, pero en mi alma quedarás impresa como marca de fuego.

Antes que tú, no había mujeres. Aquellas otras criaturas eran muñecas de cartón que divierten los ojos; pero no se aposentan en el alma. Tú eres la mujer esencial, la que nació para compartir con el hombre la gloria de encabezar el árbol de las castas. Pero, aunque fueras sólo una escultura, yo te haría mujer, Catalina, infundiendo en tu carne de alabastro la mitad de mi alma, que está en mí, pero es tuya." ¡Alto!. ¿Por qué se ríe usted, señorita?.

CATALINA.- ¡Por Dios, Remigio!. Cállese. Voy por la aspirina. Es peligroso un calenturón semejante.

REMIGIO.- ¿Si, eh?.

(Quitándose el termómetro)

¡Treinta y seis y medio! Tome.

CATALINA.- (Comprobándolo)

¡No llega! Entonces...

REMIGIO.- Catalina... Para que un hombre adore a una muchacha, por tantos títulos adorable, no es preciso entrarle en el cuerpo, de matute, cincuenta mil millones de microbios. Que, a lo mejor, no se llevan bien ¡y arman la gorda!

CATALINA.- ¡Perdón! ¡Perdóneme!. Reconozco que
fué una imprudencia, un exceso.

REMIGIO.- Te expusiste a que uno de esos microbios
fuera el del cólera y, a mí, cólérico, ¡ya me
conoces!.

(Conduciéndola a un sofá, de espaldas a
la puerta de entrada, donde se sientan)

CATALINA.- Eres un verdadero mozo de cuerda.

REMIGIO.- Ahora, con cuerda para mucho tiempo.

(JORGE, que ha aparecido unos momentos an-
tes, pone en marcha la gramola donde sue-
na la inevitable Serenata. ANA MARIA,
viene de la calle y se lanza sobre él)

ANA MARIA.- Pero, Jorge, ¿eres idiota?.

JORGE.- ¡Ya no me cabe duda!.

ANA MARIA.- (Parando la gramola)

¿Qué dirá usted, Remigio?.

REMIGIO.- Diré que ahora, como siempre, una sere-
nata es un canto de amor. ¡Viva Schubert!

T E L O N

Fin de la comedieta.
